

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



William Godwin: Del Perdón. — Correspondencia de Max Nettlau. — Martín Navarro: Emociones y pasiones. — Federica Montseny: Juventud constructiva. — Severino Campos: Del anhelo a la obra. — M. Celma: Francisco Ferrer Guardia, el Galileo español. F. Alaiz: Bernanos. — A. Samblancat: Jazz de libertades inglesas. — Solano Palacio: La rebelión, alma mater del anarquismo. — Henry David Thoreau: La libertad por tierras de América. — J. Pérez Burgos: Imitemos a la llama. — Cano Ruiz: Breve excursión sobre los fundamentos históricos del anarquismo. — Campio Carpio: Fabio Luz. — Microcultura. — Camps: Hellen Key o la libertad de amar (folletón encuadernable).

106

OCTUBRE · 1959

REVISTA MENSUAL

PRECIO 100 FR.



NUESTRA PORTADA

Bruselas es una de las poblaciones en donde mejor acogida tuvo la acción desplegada por Francisco Ferrer Guardia y en donde con más vigor se protestó contra la pífida sentencia que lo condenó a muerte.

Fué en Bélgica en donde surgió antes que en ninguna otra parte la idea de erigir un monumento para perpetuar la memoria del mártir, no en tal o cual calle, sino en la misma frontera española, significando con ello la protesta mundial contra la nación que permitió que su burguesía, su rey, su clero, las oligarquías que gobiernan, cometieran crimen tan monstruoso y privasen a la humanidad de un cerebro, de un corazón, de un hombre en fin, en el más amplio sentido de la palabra, como era el fundador de la Escuela Moderna.

No tuvo efecto la idea de un monumento en la frontera, pero sí en la capital de los belgas. Y éste es el que reproducimos, en este 50 aniversario de su muerte.

En él se glorifica a Ferrer elevando la antorcha y ofreciendo luz y libertad de las cuales tan necesitados estamos los humanos. Luz, que quiere decir Instrucción, y Libertad, que no puede ser más que su consecuencia, como así era el pensamiento de Francisco Ferrer Guardia, víctima del fanatismo religioso que, como todos los fanatismos, no ha aportado más que maldad, destrucción y muerte.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz. Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

DEL PERDON

por William GODWIN

EL propio término de perdón sugiere de inmediato una sensación de absurdo. ¿Qué principio debe guiar invariablemente la conducta del hombre? Sin duda, el principio de justicia; entendiendo por justicia la mayor utilidad que pueda resultar de la conducta individual para el conjunto de la sociedad. ¿Qué significa entonces la clemencia? Simplemente el triste egotismo de alguien que se cree investido con el poder de realizar algo superior a la justicia. ¿es justo que, por haber cometido un delito, sufra el consiguiente castigo? La justificación de mi pena reside en su utilidad relativa al bien general. El perdón constituye en ese caso una arbitraria preferencia del interés personal, por encima del interés colectivo. El que me otorga el perdón me concede algo que no tiene derecho a dar y que yo no debo recibir. ¿Es justo que sufra yo la pena que la sociedad me ha impuesto? Mi liberación sería, pues, un daño para los demás. Si, por el contrario, mi pena es injusta, mi libertad constituye simplemente un deber público y mi condena fué una odiosa injusticia. El hombre que trata de reparar esa injusticia mediante el indulto, se arroga indebidamente una actitud de clemencia e invoca la palabra aparentemente sublime; pero, en realidad, tiránica de perdón. Si obrara de otro modo, sería merecedor del repudio general. El capricho debe ser excluido de todos los actos, especialmente de aquellos donde se halla en juego la felicidad de un ser humano. No puede admitirse que el cumplimiento del deber consista indistintamente en realizar o en no realizar determinado acto...

El otorgamiento del perdón lleva necesariamente a reflexionar acerca de la incierta justificación del castigo. Es harto evidente que la pena suele ser aplicada en virtud de reglamentos de dudosa justicia y que en consecuencia millares de vidas son sacrificadas en vano. Sólo una mitad o una tercera parte de los delincuentes que la ley condena a muerte, en esta metrópoli, sufren la ejecución de la sentencia. Es posible que cada uno de los condenados, en general, aliente la esperanza de ser incluido entre los indultados. Es así cómo funciona una especie de lotería de la muerte, en la que cada reo retira su tarjeta de indulto o de ejecución, según las decisiones del azar.

Podrá preguntarse si la abolición de las leyes no dejará subsistente igual incertidumbre. En modo alguno. Los procedimientos que se cumplen en nombre de la autoridad son tan intrincados que no los entienden los mismos encargados de aplicarlos. Los métodos que emplearían los jurados de vecinos serían tan sencillos que no dejarían lugar a dudas. Sólo deberán apelar a sus sentimientos y a su experiencia. La razón es mil veces más inteligente y explícita que la ley. Cuando aprendamos a consultarla, será tal la claridad de sus decisiones que los hombres formados en la práctica de los tribunales actuales no serán siquiera capaces de concebirla...

¿Cuáles son a ese respecto los únicos sentimientos dignos de un ser racional? Dadme sólo aquello que no me podeis negar sin incurrir en injusticia. Más allá de lo justo, sería para mí vergonzoso pedir y vergonzoso para vosotros conceder. Sólo me apoyo con firmeza en mi derecho. La fuerza bruta podrá desconocerlo; pero no hay poder en el mundo que lo pueda destruir. Al oponeros a mi justa demanda, probaréis vuestra iniquidad; al concederla, sólo me otorgáis algo que me corresponde. Si soy acreedor a un beneficio, lo seré en virtud de méritos suficientes; de lo contrario sería arbitrario y absurdo. Si me concedéis una ventaja inmerecida, perjudicáis al bien común. Yo podré ser lo bastante indigno para agradecerlo. Pero si fuera virtuoso, más bien os condenaría...

Correspondencia de Max Nettlau

NUESTROS lectores ya conocen al Herodoto de la Anarquía para que no tengamos necesidad de referirnos a él al reproducir dos de sus cartas en las que trata con estilo sencillo, familiar y directo, problemas de la máxima importancia desde el punto de vista ideológico e histórico. El eco humano y social que de todas sus palabras se desprende, lo mismo cuando examina situaciones diplomáticas de antes y después de la guerra del 14, como cuando se refiere a la española de 1936, no dejará de interesar a los lectores estudiosos e inquietos.

La carta siguiente ha sido publicada en « Actualité de l'Histoire », boletín que publica l'Institut Français d'Histoire Sociale. La otra, inédita, será publicada por primera vez en próximo número.

CARTA DE MAX NETTLAU A JEAN GRAVE

En donde examina algunos aspectos de los acontecimientos ocurridos en los Balcanes, pequeño fuego que fué preludio a la guerra de 1914.

Wien, IX-2, Lazarethgasse, 31-III-22.

14 junio 1923

Estimado camarada:

Acuso recibo de su carta y de los folletos, y agradezco la molestia que se ha tomado en contestarme. Es imposible entendernos si no es olvidando completamente el pasado, pues, de lo contrario, siempre veremos las mismas cosas bajo aspectos diferentes; aun razonando de la manera más equitativa y más libertaria que nos sea posible, razonamos sobre objetos que yo veo verdes y que usted ve azules, y, necesariamente, los resultados son diferentes.

Quisiera poner de relieve una sola parte de su carta, la relacionada con la Servia de 1914, ya que estos días los Balcanes vuelven a atraer nuestra atención y que Servia se dispone a hacerle la guerra a Bulgaria, lo que poco más o menos, hizo antaño a Austria. Por lo demás, me supongo que debe sentir una satisfacción, de la que le felicito, viendo a Stambulini (1) lanzado vivamente, de forma que podría muy bien dar motivo de reflexión al otro bandido de Mussolinitski (1). Si la justicia de la historia se hubiese movido para todos los pronósticos de *Temps Nouveaux* tan deprisa como en esta ocasión, nuestra situación sería mucho más halagüeña. Ahora bien, en su país está perseguido cual una bestia, pero aún corre. Si se pasa a Servia aun puede volver triunfal, seguido de servios y, entonces, veríamos su venganza...

Yo me he interesado por las cosas de la política desde la edad de 13 años, y he seguido con atención las

(1) Nettlau estropea voluntariamente los nombres de Stambuliski y de Mussolini. Stambuliski Alejandro, hostil a la política de Fernando 1.º, había protestado contra la alianza de Bulgaria con los imperios centrales. En 1918 contribuyó a su destronamiento. Fué batido en 1923 y asesinado. En cuanto a Mussolini, acababa de hacer en 1922 la marcha sobre Roma.

cosas de Austria desde 1878 hasta 1914, puede decirse que día por día, casi siempre por la lectura de uno o varios grandes cotidianos; al mismo tiempo me he documentado sobre la historia de antes de 1878.

Tanto es así que la cuestión checa históricamente la tengo ante mí, la veo en su conjunto, día tras día y por mil impresiones personales. Como socialista yo tenía interés particular por la historia de Servia posterior al año sesenta porque el partido radical ha tenido raíces lo mismo en Servia que en Rusia (Chernissewsky) que en los medios de Bakunin en 1872, que en el socialismo o socialdemocracia de esta época. Svetosar Markovich, su fundador, e incluso Passich, conocieron a Bakunin en 1872, con quien compartían el nacionalismo eslavo más no el socialismo revolucionario. Este partido, netamente socialista en sus comienzos, se convirtió después en un partido campesino (paysan). Como ya eran electores, los obreros nada tenían que decir. Este fué el primer partido socialdemócrata llegado al poder, pronto convertido en renegado y ministrable. Seguí como mejor pude la interesante evolución de 1887 y 1888. Ya entonces se demostró en qué se convierte el socialismo parlamentario llegado al poder. Era 10 años antes de Millerand-Gallifet y antes que John Burns.

Seguí también con simpatía la resistencia en Bosnia de 1879 a la ocupación austriaca, llevada a cabo por mandato internacional del Congreso de Berlín, 1878, y de acuerdo con los arreglos preliminares hechos con Rusia algunos años antes en la entrevista del Reichstadt: esta resistencia viril, armada, fué hecha por los turcos y los servios musulmanes en Bosnia: el jefe era un musulmán peregrino de la Meca: el famoso Hadji Loja (1).

Lo único que esto aportó a Viena fué unos panecitos morenos, cónicos, que desde entonces han continuado haciéndose muy populares. Se les llamaba bosnios o Hadji Loja. Se decía: «Dadme un Hadji Loja del día, y nos lo comíamos. ¡Cuántos he comido!»

Fuera de esto, la ocupación costó mucho dinero empleado en poner a una provincia turca, de las más atrasadas, casi al nivel de un país de Europa central. Des-

(1) Se llamaba en realidad Hadji Kodja. (Nota de l'A. de l'H).

pués de la anexión, 1908, hecha para impedir a Turquía, remozada entonces y muy nacionalista, que reclamase la restitución de Bosnia, hubo en ésta una dieta y por consiguiente una vida parlamentaria normal que valía lo que vale en todas partes. Ya no era cuestión de ocuparse los servios de Servia, no habían sido mencionados ni en el Reichstadt ni en el Congreso de Berlín. Y Austria-Hungria contaba entonces en Dalmacia, Croacia y en el sud de Hungría, etc., un número de yugoeslavos que según sus cálculos no era inferior al de Servia. Los bosnianos continuaron con su nacionalidad y no estuvieron sujetos ni a los alemanes ni a los húngaros; sino que tenían toda la Yugoslavia actual, salvo Servia y los territorios arrancados a Turquía, y después toda Austria y Hungría, en donde tenían acceso libre, sin trabas y tratados sobre un pie de igualdad general.

Se creía que sentirían alguna satisfacción de haberse desembarazado así, con poco esfuerzo de su parte, de la dominación turca (las insurrecciones de 1874, 1875 y 1876 eran bastante fantásticas), de ser miembros de un gran país en centro Europa y de no estar supeditados al sistema servio. Servia era entonces, quizá lo es aún, el país de Europa donde se cometían más asesinatos y violencias y en donde reinaba una política local fanática. En efecto, cada ciudad estaba más o menos bajo el yugo de su Stambulsky local, mitigado por la corrupción al uso en Rusia. Estos bosnianos, en verdad, no eran desgraciados y lo sabían; poco era lo que reclamaban. Pero en cuanto a Rusia le dió la gana de tirar del ramal en Belgrado, donde el famoso Hartwig la representaba. El nacionalismo servio, ligeramente adormecido, y que el año 1885 se distinguió por su heroísmo en Silvnitz contra los búlgaros, se multiplicó por cuatro a las órdenes de Rusia y resucitó la cuestión bosniana. Para Servia ello no fué simple cuestión sino un desecho profundo, un objeto de conquista como la Bulgaria lo es hoy; ya verá cuando hable Daskalow, el gran amigo de Stambulsky, quien desde Praga, donde está como ministro plenipotenciario de Bulgaria, dirige la contrarrevolución. Para ser breve diré que no veo en Bosnia ninguna opresión particularmente grave hasta 1914. Si en Provenza algunos felibres soñaran con revivir los tiempos del buen rey René de los trovadores y de la Provenza independiente, la inquietud momentánea de esta buena gente no causaría a nadie en París remordimiento alguno por haber privado a la Provenza o a la Bretaña de su independencia. Se diría: Son tiempos pasados, y nada más.

Verdaderamente, y puedo decirlo a conciencia tras de conocer desde hace cincuenta años la vida de este país, ninguna variación ha habido durante todo este tiempo en las reclamaciones nacionales de Austria. Todo el mundo sabe que, desde 1879, los alemanes perdieron su poder político en Austria porque la mayoría se negaba a aprobar la política gubernamental tendente a ocupar Bosnia. Decían que ya tenían bastantes esclavos en el país. Para crearse una mayoría parlamentaria, desde esta fecha hasta 1914, el gobierno se veía obligado a comprar el concurso de los checos, eslovenos, polacos, etc., mediante concesiones sobre el terreno «nacional». Sobornados así, colaboraban con los clericales alemanes y la nobleza contra el pueblo. Por estos 35 años de tráfico parlamentario de cada día, los eslavos han obtenido no solamente satisfacción sino ventajas a costa de los alemanes que eran mal vistos como liberales y como ra-

dicales. Al lado de las concesiones formales, ha habido las realizadas por favoritismo. Par ejemplo, ascenso más rápido del funcionario eslavo. En fin, en ninguna parte del mundo ha tenido lugar tal saturación nacional a favor de los eslavos como en Austria de 1879 a 1914. ¿Cree usted que sin esto serían tan felices como lo son después de 1918? Si pone usted la moneda austríaca a 1, la checa está a 2.095, la yugoeslava a 758, la rumana a 354, y en el territorio anexionado por Italia a 3.237. Pues bien, todo esto continuó de un valor equivalente hasta 1918. Galicia también estaba basada sobre el mismo valor. Hoy, formando parte de Polonia, su marko (1,25 coronas) está a 0,78, es decir, a 2/3 del dinero de Viena. Hungría, en paridad también hasta 1918, está a 8,65 (hace seis meses estuvo a 30. Si los alemanes de Austria se enriquecieron en perjuicio de los eslavos, en este tiempo de miseria que uno no se enriquece tan deprisa, la moneda de checos y yugoeslavos no valdría 2.095 y 758 veces más que la de Viena, ya que para los polacos, sobre los que pesa, tal como usted ve, toda la miseria ruso-polaca, la desvalorización es una buena operación.

(El intercambio libre que tanto apreciaba, ¿por quién ha sido diabólicamente asesinado más que por el desmembramiento del cuerpo vivo de Austria y de Hungría?)

Después de todo esto, cuya plaza me falta para ocuparme de ello, pero que me he interesado toda mi vida, si se me habla de la opresión nacional de Austria hasta 1914 no puedo por más que reír. Pongo aparte la continua opresión taimada de los alemanes, odiados en este país por el emperador a causa de la Revolución de Viena en 1848 y de su derrota en 1879, con el intervalo eslavoclerical de 1871.

Los había traicionado definitivamente en 1879, porque no secundaban su política en Bosnia. Para este emperador, era una compensación a la neutralidad austríaca en la guerra ruso-turca, 1877-1878; hacia también equilibrio a Bulgaria reconstituida que, los primeros años, estaba enteramente bajo la influencia rusa. Ya en tiempos de Napoleón III, la diplomacia discutía la posibilidad de anexionar Bosnia a Austria si ésta cedía Venecia o el Norte de Italia. (De Servia no se hablaba aún).

Toda la agitación eslava en Austria como en Bosnia fué importada de Rusia. Austria, por su parte, favorecía a los polacos y pagaba su déficit y sus deudas (Francia goza ahora de este privilegio). Rusia entonces puso en juego checos, eslovacos y yugoeslavos. Estos últimos fueron mimados también por Austria como parapeto contra Italia y aguantaron fuerte en la guerra. Los eslovenos y croatas se batieron encarnizadamente en los Alpes contra los italianos (los checos hicieron igual).

Ya ve así algo de estas tiranteces e intrigas que tienen su origen en la guerra de Crimea, en donde Austria por su neutralidad armada ofendió gravemente a Rusia, desde entonces Rusia puso trabas a todo lo que Austria hacía sola para la guerra ruso-turca, 1877-1878, premeditada desde mucho antes. Rusia se había asegurado la neutralidad austríaca (Reichstadt) dejándole manos libres en Bosnia. Desde 1878, año en que Rusia, en el Congreso de Berlín debió soltar el botín turco, la hostilidad rusa continuó.

En estas condiciones precarias, va de sí que ningún pueblo, salvo el alemán, del que se estaba seguro que no traicionaría, fué oprimido ni atropellado, pues hubiese sido loco dar a Rusia pretexto para que manifes-

tara ostensiblemente su descontento. Esta opresión de los eslavos en Austria fué siempre una fábula inventada para la propaganda; estaban entonces mejor que ahora y que nunca.

Pero veo que no acabo y usted va a decir que sólo hago afirmaciones sin pruebas; mas para probarlas necesitaría escribir un grueso volumen y entonces resultaría una producción enorme y usted pensaría que el pangermanismo resaltaba en cada línea. No obstante, es verdad imparcial, mientras un checo o un servio sea víctima propiciatoria.

A usted no le es posible leer periódicos o libros históricos en lengua alemana, como no le es posible un viaje o una encuesta (1).

Es pues imposible adelantar una pulgada en nuestra vida.

Añado todavía este hecho material que el tratado de alianza de 1914 (2) artículo 7, entre Austria-Hungría e Italia, estipulaba que cada ocupación temporal o permanente, de uno de los dos aliados en los Balkanes, sería compartida por el otro firmante. Italia hizo valer este artículo desde el primer día de guerra hasta la primavera de 1915. Cuando en Londres fué pagada a mejor precio, Italia arrojó la máscara. Este artículo impedía que las ventajas de Austria fuesen duraderas en Servia porque hubiese sido inmediatamente reembolsable a Italia.

Servia no fué pues seriamente amenazada en su independencia ni en su conjunto territorial. Hubiera debido desistir un poco, todo más; pero Passich reveló todavía, el 7 de junio en su discurso ante la Skupchina (parlamento), que en su conflicto con Austria de 1914, Servia podía fiarse de Rusia, la cual había prometido que, si se presentaba ocasión, vengaría el robo de Bosnia. Esto es lo que hizo reaccionar a Servia y dar una pretendida satisfacción insidiosa a Austria (todo un ultimatum) para colocarla en mala postura. Sabía realmente que había llegado su hora gracias a Rusia.

El manifiesto de los 16... Sé que habéis preferido la guerra a una paz que juzgáis humillante y reaccionaria. No pongo en duda vuestra buena fe, basada sobre este hecho mecánico. Yo diré que si todo el mundo reunido pudo neutralizar los poderes centrales e imponer una paz todavía bastante difícil de realizar (ved Turquía), lo contrario, que los cuatro poderes centrales hubieran podido imponer una esclavitud, una ruina, una reacción, etc., al resto del universo (o casi) es fantástico. La paz en 1916, hubiese sido una paz infinitamente más equilibrada y equitativa que la de 1919, jamás una paz unilateral alemana.

Pero vosotros habéis pensado de otra manera y habéis aconsejado la continuación de la guerra creyendo que se luchaba por la libertad contra la reacción. ¿Qué diferencia hay entre Austria y Alemania en 1914? 1.º, para Austria se preveía una humillación que provocaría una destrucción completa como la de 1918 y 1919, si no se recibía satisfacción de Servia para que en adelante dejara tranquilos a sus vecinos y no incitase a los asesinatos y atentados de los que el de Sarajevo no era el

primero. 2.º, para Alemania, el peligro ruso, la invasión de Prusia, era inminente y todo el mundo sabía que la alianza franco-rusa arrastraría indefectiblemente a Francia. ¿Qué diferencia hay, pues, entre Austria y Alemania?

Así, pues, como vosotros en 1916, prefirieron batirse a someterse. No veo yo la más pequeña diferencia. Austria no se consideraba ser presa obligada de los asesinos procedentes de Belgrado. Alemania no quería que los cosacos pisaran el país, como vosotros no queríais que lo fuera por la bota del soldado prusiano. Somos todos iguales, lo que el prusiano representa para vosotros, el cosaco lo es para nosotros.

Ya veis que no sería lógico si yo guardara rencor por el manifiesto de los 16: contesto sus premisas, pero comprendo sus conclusiones.

Mas, hablemos un poco de Stambulisky. Su mayor amigo, Daskalow, antiguo ministro plenipotenciario en Praga, que organiza la revancha, declara el 13 de junio que los Coburg no se quedarán en Bulgaria. Dice que no está autorizado a contestar a la cuestión de saber si

EMOCIONES



Es cierto que a todo sentimiento acompaña un movimiento más o menos intenso (a veces es imperceptible al exterior), no habrá más remedio que convenir que entre el fenómeno de carácter hermético más insignificante y aquel otro que se traduzca al exterior por grandes perturbaciones

no debe haber, en este respecto, más que una diferencia de grado, y por consiguiente, que toda clasificación que fundándose en el dato del movimiento presente los estados afectivos como irreductibles, ha de pecar forzosamente de arbitrario.

Esto es precisamente lo que sucede con la mayoría de las clasificaciones que se han hecho de las emociones. Se definen éstas como aquellos estados del ánimo que se traducen al exterior con movimientos, y no se repara en que todos los estados de ánimo tienen esta condición.

Comprobando precisamente este influjo de lo psíquico sobre lo físico, han encontrado los fisiólogos modernos, y especialmente Mosso, que toda actividad mimica, y más todavía la afectiva, influye de una manera enérgica especialmente sobre la circulación de la sangre.

Quedamos, pues, en que según esta manera de entender las cosas, la verdadera definición que puede darse de las emociones es la de que son sentimientos acentuados.

★

La psicología antigua ha designado con el nombre de pasiones a los fenómenos que la moderna suele llamar emociones. Kant, sin embargo, creyó

(1) Juan Grave no sabía el alemán.

(2) El quinto tratado de la Triple Alianza fué firmado el 5 de diciembre de 1912.

había entente de unión personal (en la persona de un mismo rey, el de Servia, entre Yugoslavia y Bulgaria). El juego de Stambulsky era de entregar su país a Servia. Esto recuerda Venicelos, el amo de Cretas, quien anexionó ésta a Grecia y después se hizo dueño de las dos. Sea lo que sea, Stambulsky es llorado por los yugoslavos que buscan un pretexto para echarse sobre Bulgaria, como en 1885, cuando sufrieron la famosa derrota de Slivnitza. Ya Grecia tiró la manzana de la discordia entre turcos y búlgaros, cediendo en Lausana estas últimas semanas) Karagach, cerca de Andrinopla, a los turcos, cosa que molesta a los búlgaros. Ya ve, pues, esta querida «Pequeña Entente» ocupada en su antiguo juego de fomentar nuevas guerras. Los turcos han dado prueba de dureza — ahora les toca a los búlgaros — luego les llegará el turno a los húngaros.

Daskalow declara que el gobierno búlgaro es germanófilo, magiarófilo, e incluso turcófilo. Hay que prever que la prensa de París llorará su pobre Stambulsky y no le extrañe que vuestro manifiesto no haya sido calurosamente aclamado.

S Y PASIONES

encontrar entre ambas una diferencia que desde entonces ha sido bastante admitida. Pudiera expresarse esta diferencia diciendo que la emoción es un estado afectivo accidental y de momento, mientras que la pasión es algo permanente en la psiquis, un hábito. Fisiológicamente se explicarían los caracteres de ambas de análoga manera a la asociación de dos estados de conciencia. Primeramente, la comunicación de los centros correspondientes tiene lugar por la difusión de la onda excitadora; después, a causa de una repetición constante, se fija la vía necesaria, y la comunicación se hace fácil y en ocasiones mecánica.

Aquí se encuentra la base fundamental de todos los hábitos, y la razón por la cual el acto repetido exige una energía voluntaria menor para ejecutarlo. De análoga manera, la emoción que se repite abre cada vez más una vía de asociación más expedita entre todos los centros motores que engendran los movimientos que la caracterizan. Cuando esa comunicación es tal que, excitando uno de los centros lo son también sus coasociados, entonces puede decirse que ha llegado a su perfección. Si esto sucede, la emoción, que empezó siendo un fenómeno accidental y pasajero, se convierte en una tendencia permanente del espíritu, o sea en una pasión, que a veces puede estar tan arraigada, o mejor, puede ser tan mecánica, que resista a la obra reflexiva del entendimiento. Así sucede, por ejemplo, con el miedo que se infunde a los niños con los aparecidos, que aun después de convencerse, cuando mayores, de la falsedad de los relatos, no se libran de sentir los fenómenos fisiológicos correspondientes.

MARTIN NAVARRO

Yo estaba en París en 1895 el día de la noticia del asesinato de Stambulov (1), al cual se le cortaban casi las manos. Stambulov era el ministro que había osado hacer frente a los rusos, que había despedido el famoso dictador ruso, el mismísimo general Kaulbars. En mis oídos suena todavía la alegría feroz de Rochefort cuando Stambulov cayó. Los otros diarios decían lo mismo de una manera más hipócrita. Estas mismas gentes lloran ahora a Stambulsky, de ello estoy seguro.

Usted ha debido remarcar en sus largos años de trabajo y estudio que todos los *pueblos oprimidos* de los que se habla en París son aquellos de los que se aprovecha la política del Quay d'Orsay. Finlandia, en la época de la amistad con Rusia encontraba todas las puertas cerradas. De otros no se han preocupado. De ello resulta que la opinión pública no sabe más que lo que el gobierno quiere. TODAS ESAS COMISIONES Y DELEGACIONES EUROPEAS, NUNCA HAN TENIDO MAS OBJETO QUE LA PREPARACION DE AMISTADES Y ALIANZAS PARA LAS GUERRAS FUTURAS (2).

Sin duda que por todas partes es así. No queda más remedio que informarse de una manera verdaderamente objetiva. Yo siempre he intentado hacerlo. Por eso ha pensado usted que soy un germanófilo. ¿Cree usted que yo no sepa reconocer la razón de los otros si creo que la tienen? ¿Se habrá hecho un dogma de la Servia y los checos?

Ayer recibí un cuaderno de 32 páginas de escritura cerrada: *Svobodno Obahchestvo* (Sociedad Libre), revista nueva anarco-comunista. Dirección: Zv. Karanov, calle Belcheff, 28, Sofía (Bulgaria). El primer artículo se titula: «El Gólgota del anarquismo» y se ocupa de Jamboli, etc. La revista lleva la fecha del 15 de mayo de 1923, pero es el 28 de mayo nuevo estilo. Quizá se la envíe a usted también porque yo les he cursado un ejemplar de los folletos que usted me manda (3).

En Bulgaria había dos diarios, «El Pensamiento Obrero» y «El Anarquista», pero no sé si después de la primavera aparecen aún.

En el diario de Ramus todavía no había nada esta semana.

No discutamos más; de nada nos serviría. Pero los cuatro millones de *milитantes* social-demócratas alemanes en 1914, es un error de pluma para *electores*, la cosa es diferente. Cuatro millones de social-demócratas reales, es una pesadilla — lo soñaré esta noche — es demasiado...

Saludos.

M. NETTLAU

(Trad. Fraulino)

(1) Stambulov (Estéfano) hombre de Estado búlgaro. Se señaló por su oposición constante a la intervención de Rusia en los asuntos de la política interior de Bulgaria. Es bajo su influencia que el 4 de julio de 1887 la Sobriane (Cámara Alta) eligió por unanimidad a Fernando de Saxo-Coburgo-Gotha como príncipe de Bulgaria. Stambulov fué asesinado en 1895. (N. de l'A. de l'H.).

(2) Subrayado por nosotros.

(3) Después de la guerra del 14, Grave dejó de publicar *Temps Nouveaux*, en cambio publicó, de vez en cuando algún folleto. (N. de l'A. de l'H.).

FEDERICA MONTSENY

Juventud Constructiva

TODAS las energías vitales se concentran y se exaltan en la juventud. La naturaleza ha depositado en los jóvenes la fuerza creadora fisiológica y, por reflejo, la fuerza creadora moral.

Es la juventud la edad en que más potencia tienen las pasiones, en que el hombre es más capaz de entusiasmo, de sacrificio, en que con mayor idealismo se juzga a la vida y a la humanidad.

En la juventud todas las ilusiones están intactas; las almas son nuevas, no usadas por ninguna decepción, no deformadas por ningún vicio. Moral y físicamente, la máquina humana está en plena forma; capaz de batir con éxito todos los records.

...A condición, claro está, de que el joven esté sano, de que su cuerpo y su alma se hayan desarrollado armoniosamente, de que vivan en él todas las pasiones normales; de que haya en él, en toda su pureza, la encarnación, la representación de la vida. A condición así mismo, de que el joven no haya sido deformado por la escuela, por la influencia nefasta del ambiente; de que el joven no esté degenerado ni enfermo.

Toda juventud se afirma, habitualmente, por medio del iconoclasticismo. Necesita, para construir su personalidad, derribar, destruir las personalidades que le antedieron. Todos conocemos ese período de demolición, en que, aún inseguro nuestro paso, aún con la primera pluma del nido, batimos las alas y rechazamos la ayuda de nuestros padres; a veces renegamos de ellos.

Pero cuando la juventud es sana y equilibrada, una vez hecha esta afirmación vital de personalidad, siente en sí misma otro orgullo y se penetra de otra conciencia profunda: el sentido superior de humanidad; la sensación angusta del principio eterno de continuidad y permanencia de la especie. **SOMOS, PORQUE HEMOS SIDO. SEREMOS, PORQUE SOMOS.** Como en nuestra sangre vive la sangre de nuestros nietos, vivimos ya nosotros en nuestros abuelos.

Y esa obra de la civilización, de la cultura, de la evolución, de la ciencia, se ha ido realizando a través del hombre, considerado como humanidad, como especie. Ni somos independientes del pasado, ni podrá forjarse el porvenir sin nuestra contribución ni sin nuestro paso.

Vienen a cuento todas estas consideraciones, porque a cada nueva generación que sale del nido, batiendo las alas y rechazando ayudas, se produce el mismo fenómeno. Y algunas veces él se agrava con otras manifestaciones más molestas y peligrosas. Sobre todo cuando los jóvenes tienden a afirmar su personalidad sin tener la medida necesaria para no renegar sin medida de un pasado del que son hijos.

Por regla general, los jóvenes menores de 25 años sonrien cuando hablamos los de más de cuarenta. Para nosotros; los de la generación del 98 eran ya valores caducos. Hoy lo somos, los de la generación del 31-36, envejecida además por dos cosas que no se perdonan: dolor y fracaso para los jóvenes de hoy. Sin embargo, para los de la generación del 36 no existe en este instante más

que un problema vital: el de atisbar, en el horizonte, valores, fuerzas, cuadros, militantes, que nos sucedan y nos superen.

El iconoclasticismo de la juventud, una vez los ídolos derribados, arrinconados los viejos valores, afeitadas las barbas —no hay que olvidar que el término desgraciadamente nació entre nuestra generación— debe transformarse en afirmación de valores, en prueba de eficacia. No basta criticar: hay que hacer mejor, mucho mejor que los otros. No basta decir: soy joven, porque tengo 25 años. Precisa demostrar la juventud de alma, sin la cual la del cuerpo es relativa y engañosa.

Y cuando el alma es joven, es revolucionaria, abierta, sensible, cordial, emotiva. Cuando el joven se ha cultivado mucho, ha aprendido la primera lección que nos enseñan los libros... y la vida: que es inconmensurable la cantidad de cosas que le quedan por aprender. Y, aun cuando toda experiencia ajena es molesta, retardataria, castradora, no podemos negarle cierta virtud: gracias a la experiencia de los otros sabemos que el veneno mata, que el fuego quema, que el agua del mar es salada y que podemos en cambio beneficiarnos y aprovechar agradablemente una multitud de cosas.

¿Cuán pobre es el hombre —y la comunidad— que se aísla, que reniega del valor humano y social del conjunto, que se engrie en su suficiencia y en su aislacionismo. «Soy hombre, y nada de la humanidad puede serme indiferente».

Ante los errores, las fallas, las equivocaciones, los tanteos, las imposibilidades que cometieron o con que chocaron los que nos precedieron, hemos de levantar nuestra voluntad de hacer mejor, construyendo, no destruyendo.

Destruir, lo saben hacer los locos y los niños. Contruir, lo hacen solamente las inteligencias capaces, las grandes fuerzas morales, las voluntades enérgicas, los brazos poderosos. Y ningún hombre potente, viril, en plena posesión de sus facultades y de sus energías, se entrega insensatamente a la destrucción. Los que han asociado la palabra nihilismo con el concepto anarquismo, los que nos creen solamente destructores, nos desconocen o nos detraen. Toda la obra de nuestros filósofos, toda la acción de nuestros militantes lleva el sello de la obsesión constructiva.

Y nuestra propia ética realiza la más difícil de las construcciones: edifica sobre el vacío de las negaciones totales —Dios, Estado, prejuicios, frenos morales destruidos— el edificio de una moral humana elevada, que hace del hombre mismo su ley, su Dios, su gobierno, su medida de justicia; que exalta en él la dignidad humana, que hace de la especie un todo superior y armonioso, suma y cima de la creación física.

Los jóvenes, modestamente, que se inclinan sobre esa obra ética construida por el anarquismo, elaborada por los Reclus, los Guyau, los Kropotkin, los Mella, los Lorenzo, los Malatesta, los Nettlau y que nuestra Revolución quiso traducir en hechos, **TRADUJO EN HECHOS**, entre convulsiones terribles y entre escollos formidables.

Simplemente: Que la superen, si pueden.

DEL ANHELO A LA OBRA

NADA tan nutrido de riqueza moral como anhelar la realización de una buena obra; nada tan satisfactorio como ver, íntegramente o en parte realizados planes idealistas que elevan la vida de la humanidad.

El goce obtenido por los que así proyectan la vida, no tiene punto de comparación con la sociedad materialista; la tranquilidad moral que ello proporciona, está muy por encima de los grotescos placeres adquiridos en lugares y procedimientos que las gentes de orden y ley llaman «correctos y sensatos».

Hasta tal punto, que por esa diferencia, el idealista, aunque no pocas veces calificado de extravagante, se recluye en su pensamiento, mirando con indiferencia o desdén, el bullicio de lo moderno y divertido. ¿Es acertado el procedimiento? ¿Es erróneo?

El noble anhelo, no siempre tiene ambiente común; para la buena obra, no hay a toda hora voluntades suficientes para arriesgarse y sacrificarse. Sólo los que anhelan fervorosamente superar la vida son los incondicionales. Les impulsa el deseo, les guía un proyecto, quieren por encima de todo, realizar una obra que sea reflejo de sus sueños.

Se trata de un pensamiento que bien poco o nada tiene de común con los que piensan que por haber encontrado el mundo como lo vemos, así hay que dejarlo. Y, como lógica consecuencia, natural es, que el idealista bienhechor se recluya en sí mismo o entre las pocas afinidades.

Las obras magnas de la vida, serán levantadas por los que bien las sientan; perdurarán y adquirirán importancia, si ellas están impresas de una buena finalidad humana. Si no es así, el tiempo se las tragará y los hombres las olvidarán.

Los prácticos y materialistas, dicen que hay que partir de una utilidad presente, aunque del esfuerzo que se efectúe nada quede para el mañana. Son la antítesis de los idealistas bienhechores. Estos, sin menoscabo del goce y satisfacción natural que el esfuerzo presente pueda ocasionar, proyectan un mañana mejor, y ponen todo su empeño en que este mañana sea patrimonio de todos los humanos.

He aquí la superioridad del humano idealista; he aquí, aunque por pocas veces y por pocos hombres comprendido, la razón por la que el idealista se sitúa fuera de la periferia ambiental que se llama sentido común.

Todo realizador precisa sus elementos auxiliares; toda realización, sus circunstancias especiales. El anhelo es el impulso básico de toda obra a realizar. El resto queda a merced de la inteligencia, del tiempo, y de otros factores complementarios.

Anhelamos una buena vida; ideamos su perfección; planeamos su solución. Pero tengamos en cuenta, que una idea, si es buena y queremos traducirla en realidad, no ha de ser abandonada. Para ahorrar tiempo y sacrificios, para que surja eficaz, el idealista ha de permanecer constantemente en su órbita compatible, entre sus elementos afines, entre los que sean factores constructivos de lo que siente y quiere realizar.

Las alternativas entre polos opuestos, o entre factores que no tienen ninguna relación, no conducen a ninguna obra constructora. Para que el resultado sea eficaz y próspero, el pensamiento sobre una idea o proyecto, precisa persistencia y coordinación. Si falta esta particularidad, no se llega a nada positivo, y generalmente se alcanzan resultados negativos a la causa del progreso humano.

Inspirados en el bien, y plazados en lo que sea vocación personal, hay que mantener constantemente la preocupación en la perfección de la obra. Emprendida ésta, el ejemplo de consecuencia quedará expuesto por el anhelo de ampliarla, haciéndola más bella y útil.

Nuestra mente no puede dar calor a aspectos que se nieguen unos a otros. Si se tiene conciencia libertaria, hay que pensar constantemente en la libertad, buscando la manera de libertarse, eso es lo correcto y lo natural. Y bien sabido resulta ya, que los métodos de liberación son opuestos a toda norma de esclavitud, por tenue que ésta se manifieste.

La solución de cada uno de estos problemas, opuestos entre sí, no puede derivar de un mismo sentimiento y de una misma inteligencia. La obra de la libertad, es y será producto, de los que la sientan y en ella piensen; la de la esclavitud pertenece a los que en esclavizar se inspiran, háganlo en nombre de Dios, del Estado o de la Patria.

El antagonismo queda definido por la diferencia de métodos y resultados. Cada uno precisa, para su solución, el ejercicio constante que amplía el conocimiento, dando clarividencia y revelando las dificultades que hay que vencer para obtener finalidad práctica en lo que se desea.

Sólo así puede alcanzarse el buen resultado que se busca en el conocimiento humano. Por el contrario, si prima la ofuscación, ese caos mental que no sabe definir ni valorizar, alternando en procedimientos que no tienen ninguna relación constructora, la personalidad, más que nula es nociva a la causa de una buena obra social.

La vida de un hombre es muy corta, para que por sí sola realice obras de gran magnitud. Únicamente en lo social se conciben y efectúan las de valor humano e histórico. En consecuencia, cada uno de nosotros debemos inspirarnos en aportaciones parciales, que jamás dejen de ser de alta valía, para llegar a la humanidad y a la historia los anhelos y el producto de las buenas conductas.

Obrar bien y en todo lugar, debe ser lema de quien estime la buena causa de la humanidad. No hay que pretender monumentos de gloria personal. Esto resulta nocivo en todos los tiempos y para todos los credos. Las obras excelsas, testimonio de sentimientos y energías que por encima de todo buscaron el bienestar de los hombres, fueron compendio convergente de buenos propósitos y mejores sentimientos. Los que mirando al resto de los hombres se aprecian humanos por excelencia, deben aportar el valor de sus sanas inquietudes a la obra común del más grande de los ideales.

SEVERINO CAMPOS

Francisco Ferrer Guardia, el Galileo español

AUN queriendo obedecer a las últimas voluntades del fundador de la Escuela Moderna, según las cuales, después de su muerte debería hablarse de su obra pero no de él, no resistimos a la tentación de hacerlo en este 50 aniversario de su muerte. Es muy difícil conocer la obra desconociendo al obrero. Ambos son inseparables, y como la de Francisco Ferrer Guardia es inmortal, imperecedera será también su memoria.

En Ferrer concurren dos motivos, dos cualidades, que nos obligan a recordarlo y tenerlo presente en nuestra mente: su augusta y sublime causa y su fin doloroso e irresistible.

Cuando de niños inquiríamos a nuestros maestros de escuela, sobre el Ferrer del que vagamente y de tanto en tanto se hablaba en la calle, éstos, oficiales, y no maestros, que eran de la escuela también oficial, no lanzaban improperios contra el mártir, pero tampoco daban explicación alguna que satisficiera nuestras inquietudes, cosa que contribuía a avivarlas y a incitar nuestra curiosidad.

No había manera de saber nada sobre Ferrer Guardia. Sin embargo, dado su caso, ¿cómo era posible que los maestros lo ignorasen si todo el mundo sabía que los burgueses, el clero y la batería andante se habían movilizado el año 1909, yendo de puerta en puerta, requiriendo firmas para reclamar la ejecución del prisionero en caso de que fuese indultado? El silencio con el que se nos respondía irritaba más nuestra inquietud, pero nada conseguíamos. Del pueblo, porque temían o dudaban, de los maestros porque no se atrevían.

Hubimos de aguardar a que el año 1931, los campesinos y obreros del bajo Aragón se organizaran, en sindicatos unos, en círculos republicanos otros, para que se contestase a nuestras preguntas y saciar nuestra sed de saber. En efecto, la primera conferencia que oí en torno a Francisco Ferrer fué hecha por un obrero albañil, Pascual Asensio, (muerto el 38 en los combates del Ebro) espiritualmente discípulo de Ferrer.

Recordando la conferencia de Asensio y releiendo hoy lo escrito sobre la vida, la obra y el martirio de Ferrer Guardia, no podemos por menos que declarar cuán excepcional encontramos a este hombre, precursor, apóstol de la razón y de la injusticia social y humana, ideal que defendió con entereza aun a trueque de pagar con la vida.

Repasando lo que de él sabemos, preguntamos: ¿Se le conoce, en verdad, a Ferrer? ¿Se le ha llegado a conocer? No por todos los que admiran su obra. Obra, cada día que pasa, más admirable, más honrosa, más necesaria.

Para conocer y estimar en su justo valor a Ferrer Guardia hay que saber bien hasta dónde llegaba y alcanzaba el imperio religioso en España, su rancio abolengo, su espíritu inquisidor, su fuerza, a fines del siglo pasado, que hacía de él el más tiránico de los cleros romanos. Habría que conocer también las corrientes pedagógicas, filosóficas, sociales y políticas, manifestadas en España y en el extranjero, particularmente en Francia e Inglaterra. Habría que examinar, asimismo, el pa-

pel que en esa época jugaba la masonería, y cuáles eran los lazos que unían a Ferrer con esta organización.

SU ORIGEN

Sabemos que Ferrer es el penúltimo de los once hijos de una familia, no capitalista, pero sí acomodada. Precoz y rápido en el juicio, con ocasión de la capitulación en Sedán del ejército francés frente al alemán — 5 de septiembre de 1870 —, como oyera decir a su tío Antonio: «Francia de rodillas» — dicho de forma que con esta nación se veía de rodillas al ideal republicano. caro al tío —, el niño de nueve años escasos que era Ferrer, concluyó: «Yo también estoy del lado de los franceses».

¿Fué dicho esto para reconfortar al tío Tonio — que sufría ante la situación creada —, o lo fué por obra del subconsciente inclinándose hacia las causas justas y esperanzadoras por las que lucharía toda su vida?

Vete a saber. Se sabe solamente que su tío le respondió: «Tú serás el más inteligente de la familia» y que, 40 años más tarde, cuando lo condenaron a muerte, el fiscal tuvo en cuenta y mencionó esta frase del niño, cual un delito más.

A partir de la conversación con el tío sobre la guerra franco-alemana, todos los pasos, todas las palabras y todas las acciones del Ferrer niño y del Ferrer hombre han confirmado la predicción de su tío como si aquellas palabras ya hubiesen presidido y marcado el trayecto de su vida. Parece como si para su fuero interno el pequeño Ferrer se hubiese hecho la promesa formal de no desmentir el juicio honroso y halagador que acababa de oír.

En todos los lugares donde se proponía participar fué, por lo menos, de los más despiertos.

Fino observador, ente en perpetua formación, contribuía en él a fortalecer y enriquecer su cerebro. Frequentando la escuela de Alella, su pueblo, como era tradición que los más estudiosos y astutos eran reclutados para hacer de monaguillos y ayudaran a celebrar misa, Ferrer lo fué, el cual pronto declaró a sus íntimos que «le fastidiaba tanto rito religioso», fastidio que influyó en su futuro ateísta. También influyó en él el castigo que le dieran en la escuela, castigo inmerecido, contra el que, habiendo de recibir 30 golpes de vara, en el vigésimo se sublevó y trató de bruto al maestro, confirmando, a requerimiento de éste, que si dispusiese de pistolas como de ojos lo hubiera muerto.

En la casa, sus padres le dan una educación rigurosa, como sucede en la mayor parte de los hogares donde reina un ambiente religioso.

Su inclinación racionalista y científica, experimental, es innata en él. No se conforma con oír, quiere deducir tras experiencia directa. Así se abre y examina todas las ideas porque todas quiere conocer antes de rechazarlas o enjuiciarlas. Las primeras nociones políticas se las ofrece su tío, ideas de simpatía hacia Francia por el republicanismo, los enciclopedistas y el universalismo que ha alcanzado este país.

SUS ESCUELAS Y MAESTROS

De la de Alella pasa a la escuela de Teia, que la frecuenta dos años, en donde encuentra un maestro algo libe-

ral y en donde empieza a obtener nociones rudimentarias del idioma francés. Su ilusión está compartida entre los estudios en la escuela y las conversaciones sustanciosas que gasta con su tío. Este lo mismo le habla del general Prim «republicano como el que más, y hombre de valor» como de la casa de Borbón que instigó su asesinato.

Llegado a la pubertad, su sed de saber no se apaga nunca. Devora los libros de todas clases cual si fueran bizcochos. Libros de política, de economía, de sociología... Bien quisiera leer a Stirner, Karl Marx, Kropotkin y Bakunin, que conoce de nombre, pero no es fácil procurarse los libros. Encuentra, por fin, escritos de Jean Grave y de Eliseo Reclus, sobre los cuales fundamentará su orientación.

Más tarde, no habrá viaje que efectúe que no aproveche para visitar e informarse sobre las escuelas de cada país y sobre los métodos de enseñanza. Conoce a Guillermo Ferrero, que lo introduce en las esferas pedagógicas lombardas. Habla en Milán y en Turín, donde hace causa común con los militantes del anarquismo internacional en cuyas conversaciones interviene siempre con el pensamiento fijo en que hay que hacer mucho más que lo que pueda ocasionar la dinamita, muy en voga entonces.

A los veintitrés años, desde luego, Ferrer no busca más que acción, no una acción destructiva, pero sí resueltamente revolucionaria y conspirativa. En contacto con Ruiz Zorrilla — que será su compañero inseparable durante muchos años y para muchas de sus acciones — es posible que, tal como algunos han dicho, ambos influyeran en los sucesos registrados a fines de siglo en España, principalmente en los de Badajoz y Seo de Urgel.

Aquí, Sol Ferrer, su hija, admite en «Le véritable Francisco Ferrer», que su padre quizá ya estuviese tentado por adherirse a la Federación Española de los Trabajadores (Primera Internacional), que contaba entonces con 600 secciones y más de 70.000 afiliados, pero nunca se adhirió. Prefirió siempre hacer el franco-tirador, vivir y obrar con la más absoluta independencia, todo y secundando u orientando a los pueblos.

Sus autores preferidos son Emilio Zola — en cuyos escritos encontraba mucha ciencia — y Victor Hugo, que encarnaba para él el internacionalismo pacífico. Estos le incitaban a leer y estudiar las teorías positivistas de Augusto Comte y Descartes. En materia filosófica estudia a Kant y Hegel. Pero lo que más le atrae es la sociología y la biología. «No estoy para la metafísica», dice. Así examina a Darwin, Spencer y Kropotkin. De Bakunin dirá que lo encuentra excesivo y de Karl Marx que es demasiado fuerte. En París conoce a Malato — al cual, cuando lo condenan a muerte, lo designa como ejecutor testamentario de sus bienes —, a Jean Grave, Jacques Prolo, Jean Jaurès, Geoffroy, Mirbeau y Anatole France. Con Lombroso mantiene correspondencia asidua.

El contacto con los medios avanzados de París dura 18 meses. De la capital se va impregnado de las ideas de Proudhon y Fourier, de Godwin y de la mayor parte de los teóricos del anarquismo y del socialismo desde Bakunin, Tolstoy y Tuckner, hasta Marx y Engels. En adelante el lenguaje y el pensamiento de Ferrer no podrá desprenderse ya de las lecciones que todos éstos le dieron.

Del marxismo no retendrá gran cosa. No porque lo rechace de cabo a rabo, sino porque la naturaleza y la formación de Ferrer exigen más humanismo y más sentimiento en las ideas. Para Ferrer, el precio cuenta tanto como el resultado de una conducta.

Teórica y socialmente, Malato es su *alter ego*. Políticamente y, sobre todo, en las conspiraciones y movimientos que se tramaban en España Ruiz Zorrilla es «su Cero» inseparable. Entre las amistades de las que guardará especial recuerdo y mantendrá relación ininterrumpida, figuran también Maeterlinck en Bélgica, Heaford y B. Shaw en Inglaterra.

Sus más entrañables amigos en Francia lo fueron también Painlevé, Laisant, Naquet y Paul Adam, que le serán fieles hasta la muerte.

No se crea que Ferrer vivía bajo la influencia, de cierto modo coercitiva, de sus amistades, muy al contrario. A pesar de todas estas relaciones de valía, Francisco Ferrer se había creado la suficiente personalidad para comportarse ante todos, y en todos sus actos, con entera independencia. Si alguna vez ha parecido que Zorrilla y Malato ejercían influencia en él, no era aprovechando un carácter débil ni una debilidad o sentimentalismo cualquiera, sino cierta comunión entre las teorías y el pensamiento de Ferrer y Malato, y la necesidad de liberación española que Zorrilla y él compartían.

Entre los españoles con los que mantenía gran afectión y se relacionaba cuentan Pío Baroja, Pérez Galdós y Odón de Buen, a quien le faltó ánimo para confirmarle la amistad en los momentos de peligro, año 1909. Para su Escuela Moderna obtuvo el concurso del profesor Martínez Vargas, de la Academia de Medicina, de Rodríguez Méndez y del ilustre histólogo Ramón y Cajal, premio Nobel. Para todos sus trabajos, penas y sacrificios, contará con Anselmo Lorenzo y Nakens.

Gracias a todos estos concursos, pero, sobre todo, porque Francisco Ferrer lo llevaba en el alma, el día 8 de octubre de 1901, la Escuela Moderna por primera vez abre sus puertas a treinta alumnos.

Desde entonces, ¡cuánto camino recorrido! Hoy es raro en centro pedagógico que no tenga en cuenta y practique, aun ignorándolo, parte de la pedagogía de Ferrer.

Una amistad especialísima hemos dejado para hacerle la mención que merece. Esta es la de Alejandro Lerroux, al cual se unió, si no con afinidad descarada, sí con cierto atractivo y persistencia. Mas, por el papel jugado y la actitud adoptada, tanto en vida como después de muerto, no seremos injustos si decimos que Lerroux fué el Judas, el traidor principal; uno de los más culpables de su muerte. ¿Por qué y a quién obedecía Alejandro Lerroux para hacer lo que hizo? Todavía no se ha dicho.

Una vez fusilado, octubre de 1909, los hombres de letras, de la política y de las ciencias, se indignarán contra el «Borbón asesino».

Entre ellas se cuentan, además de los ya nombrados, al doctor Haeckel, Victor Meric, Severine, Pressencé, Sebastián Faure, Ivetot, Kunningham Graham, etc. En París aparecerán pasquines pidiendo «la vida de Alfonso XIII por la de Ferrer Guardia».

SU ORIENTACION POLITICA

Ferrer se inclinó un tiempo hacia la política, hacia lo social, pero no se le conoce adhesión alguna a ningún partido político o sindical. Estaba afiliado únicamente a las logias masónicas.

Nunca aceptó la violencia como medio adecuado para liberar a la humanidad. Ni se lo permitía su humanismo ni la eficacia que tiene en fin de cuentas la violencia. La bomba de Pallás y la arrojada en el Liceo de Barcelona, le causan tanto horror, lo consideró tan nefasto, que le hacen decir: «La sangre no provoca más que sangre».

Su aversión contra la violencia se afincó ante el espectáculo que ofrecía el mundo. Francia, por ejemplo, vivía días de terror: bombas en Lyon y en Clermont-Ferrand, en Villefranche de Rouergue y en Dijón, en Viena y en Burges. En Roma, Lucques, Amsterdam y Londres también.

Ferrer y con él muchos otros, veían en esas explosiones el aborto de todo un amanecer risueño para la humanidad idealista y sensata. Mucho se ha discutido sobre el particular y, entonces como hoy, todavía no se sabe si no hubo concierto de poderes para que aquello tuviera lugar. Lo que sí está demostrado es que algunos actos eran obra de exaltados y otros eran realizados por provocadores a sueldo.

Nunca se sabrá quizá si decir «Benditas sean las bombas» y escribirlas en los periódicos es obra de la imprudencia, de la torpeza o de la provocación. No obstante puede serlo de cada una.

Después de todo ese rosario de perturbaciones y de sangre es cuando Francisco Ferrer se aleja de todo lo que en aquella época se apellida, torcidamente, «acción directa», y se despierta en él la pasión por la educación, pasión que ya no dejará.

Sobre este aspecto, cuando le preguntan a qué edad ha de empezar la educación del niño, contesta: «En el nacimiento de su abuelo».

Tiene tanta confianza en lo humano del hombre y en la virtud que puede arreciar la educación, que no vacila en encargarse y afrontar hasta las personas que, a fuer de pasión pierden casi la razón.

En Mateo Morral vió siempre un hombre a educar; «es un rebelde», un «desechado» que sufre, decía. Y se dedicará a provocar en él un renacimiento, una confianza en sí mismo, un equilibrio moral... que no conseguirá. Cuando Morral lanzó contra la carroza real la bomba de la calle Mayor, lo hizo por odio al rey. Pocos días antes, por un disgusto de amor, habló de su maestro Ferrer no con menos odio. Este, al saberlo, temió incluso por su propia vida y tomó sus precauciones aunque con la resolución fatalista de que «se muere cuando es la hora».

Llega a repugnarle la violencia hasta tal punto que escribe: *«Vivir en paz con amor y fraternalmente sin distinción de clases ni razas, tal es la gran tarea de la humanidad»*.

Como se ve, niega incluso la lucha de clases.

En otro lado escribe: *«No violentemos a nadie. Podemos perder todo, pero también ganar un imperio moral: el imperio de la razón. Es lo único que importa»*.

Y, con todo este bagaje de idealista y de pedagogo, de hombre pacifista y de hombre pacífico, llegó la «semana sangrienta» de 1909.

Dichos disturbios, justificadísimos, por cierto, sirvieron maravillosamente al clero para vengarse éste del hombre que intentaba apartar de las iglesias a la humanidad. Aunque lo hiciese por medio de la educación y haciendo luz en los cerebros. O precisamente por eso.

El clero no le perdonaba su actividad: la creación de la Escuela Moderna. Tampoco le perdonaba su actividad

en las logias masónicas, la cual debía ser grande a juzgar por el grado a que llegó.

El cardenal Casañas fué quien lanzó el grito de «a por él», a por las escuelas y a por todos los anarquistas». Sin mencionar nombres, los esbirros de la autoridad — policía y somatenista —, comprendieron que su obispo les señalaba a Francisco Ferrer Guardia.

De su pertenencia a la masonería sólo sabemos lo que relata su hija. Esta dice que presentado por su amo Pablo Osorio a la logia «Verdad», 1884, fundadora de una escuela laica en San Feliú, años más tarde entra en la de los «Verdaderos Expertos». Pronto alcanza, continúa su hija, el grado 29. El Gran Oriente de Francia lo agasaja con especial atención y cuando muere, Ferrer se encontraba en el 33 grado masónico.

Mas fuera de esto, con su prédica y su acción en todas partes amonestaba sin cesar a la violencia y a los métodos violentos. Creía en el hombre y en el papel de una buena educación para que no concibiera útil ni moral ningún acto agresivo, ningún acto de gobierno como él calificaba a toda acción, no solamente violenta sino impositiva.

LOS SUCESOS

Ferrer desde muy niño odió al castillo de Montjuich. Cuando ante sus huéspedes calificaba su estancia en Mas Germinal como buena y dichosa, sobre todo porque le permitía trabajar, no olvidaba de remarcar un pero... Se refería al innoble castillo, que habría hecho un esfuerzo mayor para sacarlo de la faz de la tierra. ¿Intuición o reflejo?

Los sucesos a partir del 26 de julio son sangrientos. Los incendios son numerosos y en Mongat, donde se encuentra, al invitarle a mirar hacia Barcelona que al cielo alumbraba, Ferrer contestó negativamente por lo mucho que le apenaba semejante espectáculo. «El mundo actual está loco, dice, y es muy malo. Lo mismo los gobiernos, que por injustos provocan tales reacciones de los pueblos, que los pueblos cometiendo estas iniquidades».

En efecto, el espectáculo es horroroso. Las noticias todavía más. En Marruecos la guerra diezma a los soldados. La imbecilidad peligrosa de las castas gobernantes españolas han permitido que Barcelona se sublevara furiosa y dignamente contra la masacre de Africa. Los soldados prefieren enfrentarse con la Guardia Civil, que saben lo que es, que con los moros, a quienes no conocen. El 28 de julio en Marruecos los españoles sufren 1.000 muertos, entre ellos el general Pintos, un coronel y varios tenientes coroneles. El hipódromo está lleno de cadáveres. El general Marina pide a Madrid 75.000 hombres de refuerzo. En Hendaya hay 3.000 desertores. Perpiñán está repleto de gente llegada de España. Los corresponsales de prensa relatan que debido a la sublevación, en Montjuich han sido fusiladas ya 250 personas. Según Cunningham Graham la guerra de Marruecos no interesa más que a la Corte, al Clero y a la alta Banca. El 12 de septiembre estalla el caso Ferrer. Detenido, en Montjuich los piquetes de ejecución continúan. El gobierno deporta a Alcañiz y después a Teruel a 13 sindicalistas, entre ellos Anselmo Lorenzo.

Anatole France escribe: «Si Ferrer es condenado, sólo lo será porque el clero no le perdonará nunca el haber instruido a la juventud. Este es su único crimen».

El 1 de octubre, en un ataque al Gurugú, muere el general Díaz Vicario. Los piquetes continúan fusilando gente en Montjuich.

LOS FRANCESES Y EL EXILIO ESPAÑOL

BERNANOS

El exilio español rinde tributo al escritor francés Georges Bernanos, que falleció vapuleado por los fariseos. ¿Quién era Bernanos? ¿Representa en Francia un cierto galicismo de íntima oposición a la jerarquía romana? ¿Es en ciertos aspectos, un continuador de Peguy? ¿Siguió —muy a su manera, naturalmente— la tradición racionalista que puede haber en el Pascal de «Las Provinciales» y más modernamente en Renán?

¿Desciende de las catacumbas, de aquel cristianismo inicial olvidado por el solio pontificio? ¿Deseaba animar un movimiento ecuménico semejante al de «El santo» del italiano Fogazzaro? Este autor presentó a principios de siglo la figura de un tonsurado aldeano y franciscano adverso al fausto y a la riqueza del Vaticano, a su idolatría babilónica, a su desprecio de las muchedumbres potentes. La ermita rodeada de romero se alzó contra la catedral rodeada de Bancos.

El 2 se habla de que el fiscal pronunciará contra Ferrer cuatro penas de muerte.

Una de las piezas más graves de la acusación era un escrito en el que se hablaba de «las cabezas de la familia real». Según él sólo Lerroux lo poseía y no era más que un borrador.

El proceso fué un gran escándalo; la sentencia, una injusticia; la ejecución un horrible crimen.

Protestando de ello se hicieron mítines en casi todas las naciones: en Italia, Bélgica, Portugal, Austria, Alemania, Bulgaria, Francia, Argentina, Inglaterra, Uruguay, etc.

El 20 de octubre, 57 poblaciones de Francia bautizaron una de sus calles con el nombre de Ferrer.

Vandervelde en el parlamento belga dijo: «Somos unánimes para declarar aquí que el gobierno español es un gobierno de asesinos».

Tras él, el diputado Destré agregó: «Tenemos el derecho de escupirle al monstruo que es Alfonso XIII todo nuestro desprecio».

Ferrer, como Galileo, muere al servicio de la ciencia, enemiga eterna de todo lo religioso.

Mientras esto ocurre fuera, en Montjuich se ha presentado una humilde mujer, anciana y dolorida requiriendo de las autoridades que la dejaran ver a Francisco Ferrer. Le dicen que no. ¿Tampoco muerto puedo verlo? ¡Espere!, le dicen. Pasa un rato largo. La anciana, transida de dolor, pero con una dignidad incalculable, espera. Espera verlo muerto, ya que no lo vio vivo. Por fin aparecen los mantenedores del orden y le dicen que no lo puede ver. Insiste. No la permiten verlo.

Esta anciana era la madre de Ferrer.

¡Mater dolorosa!

M. CELMA

La corriente de «El Santo» tenía cierto paralelismo con el ardor presbiteriano —escocés en sus principios— contra la jerarquía episcopal de Londres. Por cierto que Bevin pertenece a la confesión presbiteriana, como en general todos los laboristas, aunque captados por el episcopalista Churchill y el arzobispo de Canterbury.

Hubo en Francia —aún queda rescoldo— un catolicismo crítico («Le Sillon», «El Surco») que parece un antecedente, aunque muy impreciso, de la actual democracia cristiana. Hubo un pequeño cisma suscitado por Maurrás, ateo monárquico de pretensiones griegas y doctrina de Atila, desautorizado por Roma atillana, como el franciscanismo expuesto por Fogazzaro.

De todas maneras, estas tendencias han vivido oponiéndose unas a otras y sólo han podido tener reducidos círculos de influencia.

«Le Témoignage Chrétien», revista actual del catolicismo que sin duda no se cree ya autosuficiente, tiene venas a presión de subido color. Llegó incluso a reivindicar el federalismo social de Proudhon, los talleres cooperativos y el comunismo libertario. Y hay otras publicaciones llamadas «del espíritu» con reducida clientela y doctrina heterodoxa respecto a las directivas de la encíclica «Rerum Novarum», que pasa oficialmente, en países como la España franquista, por ser una especie de credo totalitario del catolicismo social, pero que en realidad rectifica a los evangelistas menos rituales y está de acuerdo con Judas Iscariote, Poncio Pilatos y Simón el Mago.

La red de comunicaciones acerca unas confesiones a otras. Hasta podría decirse que no las superpone, sino que en cierta manera las funde. Fenómeno extraordinario, después de siglos de guerras religiosas, explicable porque los teólogos van cediendo plaza a los obreristas en todas las confesiones por sugestión de los movimientos populares independientes.

Bernanos iba por camino abierto con esfuerzo propio. Le vemos fuera del equívoco de la beneficencia, fuera del tópico reverencial y del pesimismo conformista beato. Tal vez al acercarse unas confesiones a otras se acercan ciertos militantes descontentos de alguna de ellas y otros descontentos de núcleos que no tienen signo religioso, o bien se acercan a adictos adheridos a tales núcleos laicos con entera, aunque deliberada conformidad, no a ciegas.

Hay imperativos comunes al creyente como Bernanos que no da a la creencia base interesada ni autoritaria y al descreído que lo es con base racional pura.

Por otra parte, en los cuadernos de tipo anglosajón que circulan profusamente en nuestro tiempo por los climas latinos, se advierte, no siempre, pero sí a menudo, una corriente que se esfuerza en desterrar la sociología de punto final, impuesto hasta hace pocos años por el dogmatismo religioso y sus partidos gubernativos, todos traumáticos.

Aquí está la clave de Bernanos, bien documentado respecto a aquella corriente. ¿Acaso la predilección de Bernanos por España no tiene que ver con el hecho de que los místicos españoles más geniales desentonan del cura de misa y olla, del tonante fray Gerundio de Campazas, del energúmeno con breviario y trabuco que viene a ser el jefe de la Junta de Burgos?

El mismo Menéndez Pelayo, no sospechoso por cierto de anticlericalismo, ha podido atribuir a los heterodoxos españoles un genio infinitamente alto a pesar de la tonitura, un genio relevante que creemos de libertad humana contra la estrechez moral y mental de la religión reducida a prácticas de idolatría y a adular a Camacho el Rico.

En el renacimiento filosófico del siglo XIX español —los krausistas, que en realidad eran estoicos de raíz ibérica furtiva— y luego en su derivación pedagógica y estética de Francisco Giner y Cossío —esencialmente apolíticas las dos— hay más evangelismo que en el sermón de cualquier jesuita y más moral que en la procesión de tiro rápido.

En Francia calificó Armand a los Reclus de hugonotes. No hugonotes de rodillas. Después de romper con la religión familiar —el padre era pastor protestante— conservaron la blandura, casi la beatitud, de un evangelismo soñado, no visto. El mismo caso de Bernanos y en buena parte el de Peguy.

El formidable 5º Evangelio de Han Ryner, nacido en Francia, en época confusa y estrepitosa, es uno de los exponentes más elevados y serenos del pensamiento. Su corriente corre paralela a la de los Reclus. Entre todos llenan el final del siglo XX de holgura conceptual y de sencillez profunda, no de complicaciones elementales. Bernanos se parece un tanto a nuestros maestros.

La obra de Gille es otro paisaje casi increíble entre tantos tratados de doctrina gubernativa como inundan la tierra. El universalismo de Wells es otro gran empujón a las momias. Como lo es lo mejor de Sartre y del profesor Read de Edimburgo.

Valores de calidad refractaria y centrífuga. Fuera de ella y de sus afines, todo es caverna en el mundo, incluso

el desconcierto de gritos y el fatídico son de grilletos siberianos que presenta el marxismo como novedad monológica.

Frente al otro desconcierto —al rubio, al evangélico que pugna por concertarse para dominar con la finanza y no para convencer con Cristo— la palabra suelta de un francotirador como Bernanos, más activo que Gandhi y Tolstoi y tan puro como ellos, es atendible porque surge casi solitaria y porque al saltar su promotor una frontera, la desacredita.

Los hebreos fraternizan con los vaticanistas de cara a las riendas sin quitarse las espuelas como se quitó el huido Bernanos. En Inglaterra hay corrientes favorables a las llamadas Iglesias cristianas unidas, cuando Bernanos es desertor. Los ortodoxos transigen con el comunismo, ateos que no creen en el hombre como cree Bernanos. Oriente musulmán se mezcla con Occidente financiero a espaldas de conciencias purificadas como la de Bernanos. En Holanda hay grupos de católicos y protestantes de doctrina social despegada de las normas tradicionales de golpe y porrazo. Hay hebreos colectivistas en Palestina. Existencialistas de tipo libre en Francia, cuáqueros en Europa y América que tutean a sus semejantes y un catolicismo hasta cierto punto dialogante, que procede de Mercier, falsificado en España por el canónigo Cardó. Suiza y Norteamérica captan opiniones vacilantes, como los cuáqueros, a base de beneficencia y vacaciones con todo pagado.

Estas tendencias entran en ebullición lenta. Van comprendiendo que sólo tendrán eco si se alejan del altar, sobre el que es posible fundar una religión particularista, no una vida solidaria. El caso de España lo demuestra, entregada con todos sus residuos no evolucionados a la milagrería y a la idolatría.

De estas lacras huye Bernanos, agudo y perseverante rival de Franco, luchador contra la abyección, francés de magnánimo vuelo, ejemplo para que otros sepan elevarse por encima de su clan, motorizados por una conciencia sin miedo y sin tacha que no acostumbra a brillar en ningún clan.

F. ALAIZ

Vida de CENIT

Con los fríos llegan las preocupaciones subsiguientes que el instinto de conservación exige y hace naturales. Nuestros ancianos, inválidos y enfermos discurren cómo y dónde encontrar un rincón caliente, sino un hogar. Pero además del calor indispensable al cuerpo, les hemos de procurar el calor moral que proporciona la lectura de textos selectos. ¿Has pensado tú, lector, en ello? ¿Has pensado que hay que continuar enviando la revista a los que, por haber dado hasta la salud, no tienen recursos para pagarla? Has pensado en que hay que acelerar las aportaciones voluntarias si queremos que nuestra revista llegue a los enfermos, a los inválidos y a los ancianos? Por poco que puedas tú también contribuirás como los compañeros cuya décima lista publicamos:

M. VINAS	200 fr.
J. MARTINEZ	200 fr.
A. GERMANI	150 fr.
NAVARRO de Ambert	100 fr.

Las jóvenes simpatizarán cada vez menos con los hombres que han derrochado su vida o con los decadentes, ofreciendo al contrario sus preferencias por los que se reservan para un amor verdadero.

Cualquiera que sea la fe o la incredulidad de un hombre, su salvación depende exclusivamente de la conciencia que tiene en su fuero interno, del valor de su alma.

El hombre es limitado en su alma; no puede consagrarse a la vez a varias funciones intelectuales o morales; es limitado en su cuerpo: no puede soportar indefinidamente cargas demasiado pesadas.

El pensamiento del hombre procede por deducción y por análisis; el espíritu de la mujer por inducción y por síntesis.

A juzgar por lo que se observa corrientemente, el sentimiento de justicia domina en los hombres, y el de ternura en las mujeres.

La vida, en efecto, cuesta infinitamente más a una mujer que a un hombre; cuantos sucumben víctimas de la guerra o del trabajo, fueron antes el encanto de sus madres; todo hombre, al morir, deja una mujer en sus lágrimas.

Olvidase que si el hombre en estado de embriaguez comete un crimen, en la mayoría de los casos es impelido al vicio repugnante de la bebida por la pésima condición de su hogar o por el mal carácter de su mujer. Olvidase que si el hombre asesina por celos, una mujer es quien le ha enloquecido; si estafa, verificalo casi siempre por exigentes peticiones de dinero, por el afán de lujo de una esposa o de una querida.

la dicha o de la locura del dolor, no perderá nunca su personalidad. Síntesis de varias mujeres, será siempre la única, la que goza y sonríe también, la que irradia salud o la que destallece por heridas mortales.

«La mujer de mañana existe ya en los sueños masculinos, y la mujer se forma, precisamente, de los sueños del hombre. El tipo ideal de la mujer moderna, tal como el hombre la vislumbra, no es una mujer masculinizada; es la personificación del eterno femenino, desenvuelto en todas sus manifestaciones.»

Hellen Key, al defender la independencia económica y social de la mujer, laboró paralelamente por la dignificación del hogar, y en toda ocasión, al proponer reformas, no se apartó de las leyes de la Naturaleza, sino que aspiró a acomodar los principios básicos de la sociedad a los verdaderos impulsos del individuo, sofrenados por la conciencia clara de lo que significan la coordinación y el esfuerzo continuado. Más que de destruir, preocupóse de crear valores morales que respondan a normas que puedan ser prácticamente vividas.

Su idealismo la llevó a defender con tanto arrojo como serenidad, las reivindicaciones de la mujer, pero inmediatamente pensó en la necesidad de que se establecieran medidas para regular el divorcio, siempre que éste implicara el abandono de los hijos.

Es indubitante que Hellen Key, introspeccionándose, halló en su propio corazón los rasgos culminantes de la mujer de mañana y es probable que al declinar este tipo pusiera en él sus sueños de mística a la moderna. Tal vez hiciera su propio retrato, idealizado por la inspiración de su arte exquisito, depurado, pulquérrimo; pero, ¿qué importa esto? Guarde o no parecido con la autora, el mérito será el mismo: el valor psicológico, el alcance ético y la trascendencia social que pueda revestir en el transcurso del tiempo no es ahora ocasión de averiguarlo.

De todas suertes la concreción existe y es indiferente que sea un concepto meramente ideológico o que el tipo sea fiel trasunto de la realidad externa. Después de todo, nada hay nuevo en la faz de la tierra. Y es notorio que las utopías, aun las más desorbitadas, son tan viejas como la civilización. Lo que hay es que, de vez en cuando, los cerebros privilegiados las perciben en el ambiente, se apoderan de ellas y, tras una rumia más o menos intensa, las emiten dándoles nueva forma. Es el eterno flujo y reflujo. ¡Estamos sometidos a tantas y tan diversas influencias, es tal el poder de la imitación, que muy pocas veces nos es dable discernir aquello que consideramos propio, típico y

original de lo que son reminiscencias y sugerencias de los coetáneos o de los antepasados!

Hellen Key es la escritora que en el último tercio del siglo pasado y los cinco primeros lustros del actual conquistó una mayor celebridad por lo insinuante y sugerente de su estilo, atrayente, diáfano y por el tono afectuoso y amable con que discurría, cuidando de que sus disquisiciones fuesen alentadoras y animaran para emprender obras útiles. La autora de *El Mundo y el Alma* no hace de la certidumbre que adquiriera caso de vanagloria, para sí; antes al contrario, aprestase a que participe de ella cualquiera que procure leerle con recogimiento, con los ojos del alma.

Esta mujer paradigmática por su visión penetrante de la Historia y por su talento privilegiado, fallecida en Estocolmo en mayo de 1926, a la avanzada edad de setenta y siete años, se adueña por completo de la simpatía del lector, porque tuvo el envidiable don de suscitar inquietudes y calmar impacencias. En los volúmenes: *Amor y matrimonio*, *La fe en la vida*, *El movimiento feminista y la mujer y la guerra mundial*, inquiere y discurre, analiza y compara, apologeta y rebate, apoderándose de la atención de cuantos sigan el proceso genético de su pensamiento, robusto y audaz, admirable por el claro razonamiento y embelesador por el colorido de su estilo animado, lleno de imágenes, parábolas y anécdotas.

Discurre Hellen Key poniendo tanta efusión en el modo de plantear los problemas todos, que jamás hiere la sensibilidad de los timoratos y asustadizos, siendo el prototipo de la mujer fuerte, tenaz y brava, genial en sus inducciones, pero tan femenina; y expresa con tanta elegancia y discreción los conceptos más atrevidos, las soluciones más radicales, que siempre se enseorea de nuestra psiquis, porque antes conquista nuestro anhelo cordial.

La obra pedagógica de Hellen Key es grande y eficaz porque es hermosa y tierna. Esta eminente escritora, en todos sus libros, y singularmente en *El Siglo de los Niños*, realiza una labor apostólica al enaltecer las virtudes activas y combatir las concupiscencias, los vicios y la sordidez, defendiendo con gallardía y sin temores de ninguna especie las reivindicaciones de la mujer, poniendo de relieve los daños que ocasiona a la sociedad la plañitud mental, la falta de decisión de aquellas individualidades que debieran guiar a las clases que ejercen funciones tutelares.

Al consagrarse con alma y vida Hellen Key a la defensa del diario femenino, no sólo trató de conseguir ventajas para la mujer humilde que trabaja y lucha afanosamente por el mejoramiento de su condición económica, sino que evidenció que era preciso, además, elevar su nivel de cultu-

Sobre el hombre

Los jóvenes sienten repulsa hacia el matrimonio cuando advierten lo que llega a ser el amor. Desean el amor según los han visto en sueños y no de otro modo. Deseñan una realidad inferior a sus fantasmagorías y prefieren su independencia y la libre expansión de su personalidad.

El hombre que busca los labios de una mujer, y no sabe escuchar sus palabras, que codicia sus brazos, y se burla o se entristece cuando le descubre su alma, es indigno de ella.

Sensibilidad excesiva, nervios a flor de piel, extraordinaria susceptibilidad, singular agilidad de impresiones; he aquí en qué difieren de las generaciones del pasado la mujer y el hombre modernos. Esta superioridad es una conquista de la civilización.

Las mujeres «honestas» seducen más hombres que las otras.

El misógino es siempre un hombre que ha amado personal y virilmente a la mujer, y que, en los arrebatos de cólera de sus decepciones, traiciona los secretos más recónditos de su sexo.

Mientras que la mayoría de los proletarios — entre quienes se cuenta una minoría, cuyo amor conoce todo género de refinamientos — declárase satisfecha con una buena compañera abnegada, que lleva el mismo yugo, el hombre culto tiene otras exigencias amorosas.

¡Cuántas veces un mozo fornido, pero sin seso, ha de-
trojado, en el corazón de una mujer, a un hombre genial!

★

La juventud comprenderá cada vez mejor qué cualidades particulares y generales atraen al otro sexo, y procurará a todo trance lograrlas; ellas determinarán paulatinamente la selección. De otra parte, un libertino, un alcohólico, un degenerado, inspirarán de día en día menos amor.

★

Según la teoría evolucionista, el amor agota con frecuencia las energías que suscita; conviene por tanto, no decirle más que un lapso de tiempo brevísimo; importa no concederle gran influencia sobre la vida, si no se quiere perjudicar gravemente a la nueva generación.

★

De imponerse la teoría de la evolución, modificará el concepto actual de la sociedad, ampliando o restringiendo la libertad de la selección.

★

Cuando las ideas morales regulen el criterio de la selección, la sociedad reputará inmoral: la unión sin amor, la unión sin responsabilidad, la unión entre degenerados, la esterilidad voluntaria; todas las manifestaciones de la vida sexual que suponen violencia o seducción; las que revelan, ora la conversión contra los fines de la naturaleza, o ya la impotencia para cumplir tales fines.

★

No hay leyes de selección ni libertad de convivencia suficientemente intensas para realzar el valor intrínseco, intelectual y moral de la humanidad. Únicamente el amor tiene este poder.

El progreso de la selección puede manifestarse bajo formas diversas; por ejemplo, las jóvenes simpatizarán cada vez menos con los hombres que han derrochado su vida o con los decadentes, ofrendando al contrario sus preferencias por los que se reservan para un amor verdadero.

★

Es proverbial la exuberancia de facultades de los titulados «hijos del amor», principalmente en los casos en que la madre es una mujer del pueblo sana y robusta.

ra, colocándola, moral y jurídicamente, en el mismo plano que el varón.

No creía Hellen Key que las mujeres inteligentes, ilustradas y capaces de gobernarse por sí mismas, hayan de considerarse satisfechas una vez obtenidos los derechos que les garanticen, en la esfera legal, la realización de objetivos inmediatos, sino que han de aspirar a **saber para poder**, como ciudadanas, compartir con sus padres, esposos y hermanos, las tareas cívicas que son comunes para el mantenimiento del equilibrio móvil en la marcha de los organismos colectivos. Sería muy poca cosa — añade — que el feminismo circunscribiera su actuación al orden jurídico, y únicamente tendiera a manumitir a la mujer, librándola de vejaciones, atropellos y ultrajes. Los postulados de este credo — dice el volumen **El movimiento feminista** — lo inspiran el anhelo fervoroso de reconstituir integralmente la organización de las comunidades según fueran en la época del Patriarcado, y de ahí que, al lado de las conquistas de carácter legal para equiparar obligaciones y derechos entre los individuos de ambos sexos, las propugnadoras eméritas del feminismo dediquen con empeño singular a hacer una labor desinteresada y altruista en pro de las causas grandes, de las obras piadosas, de las cruzadas filantrópicas y de todas las iniciativas niveladoras que puedan ser favorables a la convivencia de los diversos estamentos y clases que intégranse en el cuerpo social.

Su concepción del amor pudiera resumirse en estos términos: «Es preciso que el amor sea creador, si no de vidas, al menos de obras nuevas, para que, de esta manera, los que aman, y sobre todo la humanidad, se enriquezca.»

En el volumen **La mujer y la guerra mundial**, repetidamente citado, se expresa así: «La mujer moderna he perdido el reposo, la ecuanimidad, la sensibilidad que antes la acercaba a la naturaleza por su hermosura sencilla y su ingenuidad cordial. Cuando el hombre tornaba a la mujer idolatrada, olvidábase de sus preocupaciones, sus desengaños, sus fatigas... Pero, en la actualidad, la mujer está también preocupada y se siente deprimida de ánimo con sus problemas, su cansancio, sus tormentos y sus desencantos; ha sido rechazado su cuadro; su libro no halló aceptación; su labor fué remunerada exigüamente; hállase en visperas de sufrir examen. El hombre tropieza a cada paso con la individualización de su compañera...»

En otro volumen, haciendo referencia a los problemas del día, y dirigiéndose a las muchachas que trabajan en medio de un ambiente hostil, exclamaba: «Cuando las mujeres modernas sepan unir a su valor, a su magnanimidad, a su energía moral, la calma espléndida y saludable, la pla-

centera abnegación de otras épocas, entonces se convertirán, y sólo entonces, en seres verdaderamente superiores.»

En uno de los últimos libros que escribió, poco antes de su fallecimiento, refiriéndose al problema de la lucha de los sexos y tras un estudio profundo y acerbísimo, afirmaba: «La inmensa diferencia entre el hombre y la mujer es que ésta no puede satisfacer las exigencias de su sexo más que amando... El amor nace intensamente en el alma de la mujer, y de ella pasa a los sentidos; en ocasiones ni siquiera llega a los mismos; en el hombre, en cambio, el amor parte de los sentidos para llegar al alma, y a veces tampoco llega a ésta.»

De ambas diferencias consideraba Hellen Key que la última es la más lamentable, porque resultaba bochornoso que el hombre sea un animal exclusivamente dominado por el sensorio y, por tanto, supeditado a los espasmos eróticos y contracciones medulares.

Los indagadores que, al examinar superficialmente las campañas feministas, fijanse, no ya principal, sino exclusivamente, en las rudezas del aspecto combativo y panfletario, desconocen y juzgan de modo arbitrario e injusto la actuación de aquellos núcleos más poderosos que en la Europa septentrional, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, y, ahora, en la U. R. S. S., han propulsado las reformas pedagógicas creando instituciones unas veces y reorganizando servicios públicos otras, y siempre prodigando el consuelo a los desvalidos y volviendo al sendero de la virtud a los descarriados. Es inexacto, a juicio de Hellen Key, que las militantes del feminismo hayan representado el sentido alzado y disolvente. No es justo ni noble — argüía — fijarse exclusivamente en el aspecto polémico, de rebeldía y aun catastrófico que ha tenido el movimiento feminista en sus albores, cuando lo más interesante y trascendental ha sido, y es aún, su arrogante sentido constructivo y la impetuosidad que han mostrado sus defensoras para corregir defectos y extinguir vicios y lacras, buscando remedios energéticos y heroicos para curar pandemias sociales, como el vagabundaje de la mocedad, las profesiones equívocas y ambiguas en la mujer galante, y la intemperancia y la deshonestidad en ambos sexos.

No sería equitativo, razonable ni honrado, calificar de estridente y tempestuosa la actuación de la célebre educadora sueca, en lo que atañe a la transformación de las costumbres públicas y los hábitos y usos privados, cuando es innegable que las campañas mejor orientadas, más tenaces y realizadas con mayor gentileza contra el alcoholismo, el libertinaje, la avaricia y la locura, la blenorragia y el cáncer, las iniciaron en Escandinavia y Estados Unidos mujeres

abnegación paterna, según la ley que ordena que se ame tanto más cuando más se sacrifique el propio yo por la persona amada.

★

Confiar al Estado la educación de los párvulos es tanto como exterminar la ternura en los padres.

★

A esta hora, hombres y mujeres exceden los límites de sus energías así en la esfera intelectual como en el orden físico. Tal es el motivo de que cunda entre las mujeres la alarma a causa de los estudios y las carreras profesionales de las jóvenes; acuciadas, en efecto, por la teoría de la igualdad sexual, lánzase a la contienda, resueltas a demostrar sus aptitudes para el desempeño de las funciones confiadas al hombre; así acometen una empresa en la que no pueden perdurar largo tiempo.

★

El espíritu del siglo se rebela contra la ternura ciega, instintiva de los padres de antaño. Por lo demás debe robustecerse, no debilitarse, el cariño digno de sobrevivir.

SOBRE LA ESPECIE

Los griegos dedicaron al problema del perfeccionamiento de la especie singular atención. El cristianismo, prediciendo insistentemente el valor del individuo, merma el sentimiento de la importancia de la especie, amortiguando en grado extraordinario por el dogma de un alma que procede del cielo y que ha de volver a su origen. La doctrina de Cristo no eleva el nivel moral más que que desarrollando la energía del espíritu y castigando el cuerpo; entre el hombre y sus antepasados no establece otro nexo que el pecado original. El cristianismo, que enseña la creación del hombre como un hecho llevado a cabo por Dios de una vez para siempre — obra comprometida, desde luego, por Adán —, no puede admitir más que una redención; desvia de toda su teología toda idea de renovación de la especie.

solicitas y abnegadas, que suspiraban por la emancipación jurídica femenina, porque prácticamente, con su proceder noble y filantrópico, se habían hecho dignas de ser libres, siguiendo las enseñanzas provechosísimas de la docta pedagoga, espíritu superior y entendimiento poderoso.

No ha de sorprendernos que los espíritus femeninos, con o sin el estímulo de la duda filosófica, traten de escudriñar en los acontecimientos que, a nuestro alrededor, tienen lugar. Ello significa que va cundiendo, por fortuna, por dondequiera, el afán de averiguar cómo se producen los fenómenos psicosociales, y es natural y, además, legítimo, que nuestras mujeres más instruidas, a cada instante sientan un mayor interés y muestren más disposición para dedicarse al estudio y a todos los menesteres, profesiones, carreras, etcétera.

XII

LA «REINA SIN CORONA». — EL CULTU A CONCEPCION ARENAL

A Hellen Key, que gozaba de indiscutible prestigio, las clases populares de Suecia entera, la designaban con el apelativo de la «Reina sin corona». La celebrísima escritora, en su dilatada labor de proselitismo didascálico e innovador, revolucionario en ciertos respectos, granjeó en verdad el afecto y admiración de sus connacionales por haber trabajado con ardimiento por la cultura intelectual y filantrópica, fundando entidades y organismos educativos, societarios y mutualistas, llevando, a todos ellos, el sentido generoso y humanista que caracteriza toda su obra, hermosa, elevada y justiciera.

Se comprende que esta mujer realizase, en la Europa nórdica, una acción tan fecunda en beneficios de índole social y tan fortalecedora del carácter en el orden de la individualidad. ¡Ojalá cundieran, en España, sus ideas y llegaran a las últimas capas sociales, tan yermas, llevando a ellas su influencia bienhechora que pudiera redimirlas de las funestas supersticiones y del odioso fanatismo, sea éste rojo o blanco.

Nada tan eficaz como los libros de Hellen Key para despertar la atención adormilada de la mujer española que, desde el punto de vista intelectual, ha permanecido secularmente alejada de toda acción que signifique obra reformadora y revolucionaria, limitándose a aceptar una felicidad egoísta, alicorta y, lo que es peor, fea, y que, colectivamente, tan sólo háse preocupado de ejercer la beneficencia.

SOBRE LA EDUCACION

Los ascetas, que se limitan a recomendar el dominio de sí mismos contra la omnipotencia del instinto sexual, suponiendo que tal imperio puede estorbar e impedir la evolución, asemejanse al médico que sólo procura atemperar la fiebre de su paciente, sin preocuparle que éste muera por haber empleado él un tratamiento facultativo poco congruente.

★

Los datos de la ciencia», «las leyes de la historia», «el oportunismo», y todas esas teorías eruditas que los hombres acumulan en sus nuevos estudios, sirven únicamente para formar a las mujeres más testarudas que inspiradas.

★

No bastan el instinto de la compasión y la necesidad de ayudarse mutuamente innata en la naturaleza de la mujer. No es suficiente la ternura para los cuidados que es preciso prodigar al niño: hacen falta ciertas nociones de higiene y psicología. Si las mujeres desean cumplir congruentemente su función social y comprender los problemas que ésta implica, han menester conocimientos de biología y psicología social.

★

Es evidente que la literatura determina ciertas perturbaciones en la esfera del amor. Es, en parte, responsable de los infortunios causados por un amor cerebral, que sabrá eludir una naturaleza íntegra, un carácter. Únicamente los seres débiles son impotentes para afrontar los impulsos surtidores del exterior.

★

La paternidad se sublimará cuando el hombre, en su condición de padre, no ejerza otra influencia que le garantice el cariño de su mujer; el día en que deba a su propia autoridad, no a la que le concede la ley, su acción sobre los hijos. La ternura paternal acrecerá en razón directa de la

cia con mejor deseo que conocimiento de las necesidades de nuestro tiempo y de la misión sustantiva que, en la comunidad contemporánea, debe realizar la bella y amable compañera del hombre.

Laboremus, pues, por reconstituir en España la idealidad lemenha como germen de la regeneración de nuestra raza tan depauperada. Renovemos el culto a nuestra insigne pensadora Concepción Arenal, injustamente caída en el olvido, inspirando nuestra actuación en sus sabias enseñanzas respecto a la mujer de mañana, tan amplia y bellamente definida, también, por esa otra mujer gloriosa del Norte, por la gran pedagoga sueca Hellen Key, de memoria impeccedera.

«No juzgues lo que ni tú ni nadie, sea quien fuere, exceptuando los mismos esposos, puede juzgar. El divorcio se falla en los tribunales, pero siempre comienza en la alcoba».

★

Solamente los espíritus ínfimos y los corazones mezquinos ejercitan el derecho de rechazar el divorcio. Aun en la hipótesis de que se suprimiera este derecho, no habrían de suprimirse por ello las influencias que mantienen la unión de los dos esposos.

★

Proclamar los derechos del amor: No hay otra solución. No solamente los amantes deberán unirse en caso de necesidad sin consagración legal, sino que precisará descubrir un medio de romper el nexo conyugal que sea ficticio.

★

Se comprenderá de día en día mejor que la especie no es para la monogamia, sino la monogamia para la especie; que, por consiguiente, la humanidad dispone de ella y puede conservarla o alejarla a capricho.

★

Replicar uniformemente: «La libertad a toda costa», o «la renuncia a cualquier precio», no es propio de un moralista, sino de un autómatas.

★

El sentido de la fidelidad no se identifica más que con la duración y la dignidad de la vida moral.

★

Un amor pujante desvanece el resto, imprimiendo a la personalidad unidad y grandeza. La fidelidad es la condición natural del amor.

La mujer que renuncia a la maternidad sin tener para ello motivos imperiosos, es una planta parásita en el árbol de la vida.

★

El problema feminista es el más importante de nuestro tiempo; las controversias que suscita pronto trocarán en fanatismo todas las querellas de raza y de religión.

SOBRE EL MATRIMONIO

El matrimonio cuya indisolubilidad proclama la Iglesia, que lo ha erigido en sacramento, era ya por la ley un dominio del marido sobre la mujer y los hijos. Este concepto religioso y económico ha evolucionado incesantemente, no deteniéndose hasta que se desvanezca la última huella de él.

★

Muchas personas, aun no estando unidas por el amor, prefieren permanecer juntas sobre la misma costa, como restos de un naufragio, a separarse para afrontar, solas, algún nuevo siniestro.

★

Deberá recurrirse al divorcio sin remordimiento únicamente tras de amplios esfuerzos y un escrupuloso examen de conciencia, después de haber empleado discreta e inteligentemente todos los medios hábiles, después de aplicar a la vida común toda su buena voluntad, después de haber inquirido con todas sus fuerzas la naturaleza de su conjunto y a raíz de lograr este conocimiento.

★

Cierto anciano, insigne naturalista, oyendo a una sobrina suya censurar severa y duramente un divorcio, replicó estas palabras, que la joven nunca olvidará y que por propia conveniencia deberá tener siempre muy presentes en su memoria:

★

Algunos pensamientos de HELLEN KEY

SOBRE EL AMOR

El amor sorprende a los hombres, como esas primaveras maravillosas de las regiones polares en que las copas de los árboles emergen de un campo de nieve.

★

La juventud ansia luchar contra la prostitución por la libertad del amor: ello demuestra el progreso de la moral sexual.

★

En lugar de defender «el amor libre», término equivoco hoy, y del cual se ha abusado mucho, es necesario luchar por la libertad del amor. Si la primera locución ha venido a significar una especie de licencia erótica, la segunda no expresa más que la libertad para el único amor digno de tal nombre.

★

Precisa, para encantar a un hombre durante toda su vida, que la naturaleza de la mujer sea inagotablemente rica. No basta que sea una variante, más o menos sugestiva, del eterno femenino; importa que sea una frase musical de una belleza siempre nueva; es menester que el espíritu, el corazón y los sentidos de su esposo disfruten de una dicha incomparable.

★

Cuando Lutero predicaba su doctrina sobre el matrimonio, Rabelais, también fraile, contemporáneo del fundador de la Reforma, proponía humorísticamente la organización

en Francia, de un convento donde cada monje se juntara con una religiosa; estas parejas podrían divorciarse tras un año de ensayo; acaso, después de todo, este proyecto contribuyó eficazmente, como la teoría luterana, a la educación amorosa de la humanidad.

★

Quienes atienden las fecundas inspiraciones de la vida sexual, dominándolas — siquiera este magisterio sea de vez en cuando incompleto —, verán acrecer incomparablemente su valor en la lucha social.

★

El amor verdadero surge únicamente cuando el deseo de unirse a un ser de otro sexo acucia la busca de un alma idéntica a la nuestra. Este amor es tanto más puro cuanto es más ardoroso, y se diferencia del impetu del deseo como el resplandor de un alto horno se distingue de las lucecillas vacilantes del alumbrado público.

★

Las costumbres de los pueblos, donde se llevan a cabo uniones precoces, son en general frívolas; las costumbres frívolas merman al amor su intensidad y una parte de su valor.

SOBRE LA MUJER

Las jóvenes trabajadoras comienzan a comprender que sus faenas violentan su naturaleza; que vibran en la mujer otras energías que la sed de saber y la necesidad de actividad; que ni el derecho al trabajo, ni los derechos cívicos, pueden devolver la dicha perdida.

★

Es preciso, por tanto, que la mujer conserve, aun en la vida pública, su fe en los milagros de su amor, el coraje de una demencia simulada, el furor cantado por las leyendas y los mitos populares. Es preciso que la mujer aporte a la vida pública las provechosas lecciones que la vida pública le ha enseñado.

★

Los sentimientos: He aquí la savia de la vida que cambia el espectáculo del vivir humano. Tal es el motivo de que las mujeres hayan intervenido en todas las revoluciones morales de trascendencia. Cabe fundamentar sobre este poder de las mujeres — conservando éstas su verdadero carácter —, tan intenso aunque indirecto, las esperanzas más ricas.

La mujer debe hallarse dispuesta a recibir las enseñanzas del hombre, allí donde nada puede o fracasa su fuerza; es necesario que sepa soportar sus burlas; que renuncie a igualarse en una esfera que no puede ser la suya. De otra suerte correrá el riesgo de perder las cualidades que la son propias.

★

Más de una jovencita, hojeando su libro de historia, habrá de indignarse leyendo el sistema antiguo de formar el empadronamiento: «Tantos hombres — sin contar las mujeres y los niños».

★

No cabe duda que las mujeres redimirán a la infancia, y que, tarde o temprano, se comprenderá que la nota infantil es tan indispensable como la nota viril y la nota femenina en el armónico concierto de la humanidad.

★

¿Qué mujer de conciencia no reconoce que malvendan los valores confiados a sus cuidados como educadoras, como amantes, como esposas, como amas de casa, como madres de familia?

★

De igual suerte que la mayoría de los hombres aceptan y adoptan lenta y parcialmente las ideas, las obras maestras, las creaciones de los pensadores y los filósofos, así también las mujeres resisten mucho antes de admitir las ideas directrices nuevas en su esfera.

★

JAZZ de LIBERTADES INGLESAS

EN la piñata de las franquicias john-bulldogs, prevalece el jollin o ruidera de dichos cuplés, sobre las nueces no fofas. En ese cielo anglo-angeloide, de un rubio de esterlina, no entraban los más dignos del amor de sus huries: el docker de manos callosas y el lector de la hoja de labranza; el peón de la falce y el mártir de la mecánica herramienta. El duelo a última sangre de los barones del whisky y las prelaturas cantorberas, con el King que por turno ennegrecía los islotes de la blondéz, era un zafarrancho u órdiga de clientes de bar, entre suzeranías feudales. Los tiranuelos y enemigos de la Especie de segundo rango y asiento de gallinero, se revolvián iracundos contra el maximato conculcador y conculcador de costillas a la brasa solar. Del orujo de que procedían las tánganas o borracheras de todo barrachel, nadie hacía otro caso, que el de barrerlo para estercorar los tulipanes. Han blandido el garrote de gobernar, vulgo cetro, en Inglaterra, los jayanes más merecedores de la horca, de todos los siglos pasados. Los vikingos daneses y anglosajones de la Heptarquía, que asaltan el Kent, remontan el Mersey y el Humber y tiran Essex y Sussex arriba, con la onomástica que se traen, se definirán hartazgamenté. Sajón, saxón, viene de «saxum», piedra como de disco molinero. Los soberanos de la dinastía triunfal, se llaman Eithel, Ethel, Atila (Etelredo, Etelbaldo, Etelwulfo, — wulfo, lobo —, Eterberto, Etelstando, etc.); y eran una repugnante Hunesco. De ellos no queda otro recuerdo gracioso, que el de los gerafas (actuales sheriffs, incluso de película); y los «scutages» o pechos, que a cuchillo cobraban del mulo de carga en dos pies. Asistían al *primur inter omnes* o *impar inter pares*, los «comitatus» o consejos de thanes o condes, que no son más que monteros o copilotos de caza de la primera javalina del Estado. Con el escalo de la horda normanda, se organiza la corte o «curia regis»: pacota de ministros a base del *yustitiarius* (verdugo en jefe); del *thesaurarius* o canciller del exchequer, mesa de ajedreces del monarca; y del *cancellarius* o *refrendarius*, proescriba de las jugadas y tongos de la pandilla regia, de cuyos raqueteros era siempre el príncipe el que había de ganar. Las posturas sobre el naípe constituían un lebre, un caballo, un coto de ciervos, un castillo; y con frecuencia también, para atraerse la merced de S. M., la esposa, la hija o la manceba del apostante. La nobleza y los empleos palatinos se amarraban así. Macaulay no encuentra palabras para hacer el retrato y desapologizar, por lo atravesados de alma que

son, verbi-ejemplo, a un Guillermo el Rufo, de la casta de Hastings; a casi toda la mala simiente aquitánica, sucesora de la avandicta; a un Enrique VIII Tudor; y al equipo casi entero de los Estuardos. La Carta Magna se le arrancó al mal nato Juan sin alma, digo sin Tierra, asesino del pibe Arturo de Bretaña. Hubo para ello que forzarle la mano en Runymede, aunque nada de lo que suscribió, había el felón de cumplir. El estatuto, por liberal, excomulgó el papa Inocencio III. Y total: en la Constitución se prohibía apenas que el rey no se deshiciera de sus enemigos por el puñal o por el acónito; y que no confiscara sin proceso, e intervención de un ogro de la toga, los bienes de sus súbditos aristocráticos. En las provisiones de Oxford, que no lo eran de puchero popular tampoco en modo alguno, Enrique III, después de derrotado en la Misa de lanzas de Lewes, accedió refunfuñando a que formaran parte con los caballeros del «Parliament» dos burgueses de las ciudades y las villas, más reaccionarios que los Pares de la corona. El «writt» del *Habeas Corpus*, firmado como una gran concesión y con el dogal al cuello por Carlos I, consiste en la bagatela de hacer un juez superior, más carnicero a veces que los que lo nombran, comparecer ante sí el cuerpo del procesado, que tiene un juzgador subalterno en la cárcel, cargado de ferretería, con o sin motivo, o por la futilidad de pescar dos ranas a caballo en la orilla de la alberca del señor. El «bill» o Declaración de Derechos de Guillermo de Orange confirma todo ese rosario digamos de privilegios del inglés de primer orden. Al que está debajo de la mesa, no le caen ni unas migajas del festín. Con la proclama de la igualdad de todos los hombres, a que Jefferson procede en el acta de Filadelfia del 776, no remedia en un brin su escualidez el eterno flaco de cine; ni mejora sensiblemente la situación de los de más abajo. Que queda tan trágica como hoy la presenciáis, con la erección en sacramento de la propiedad privada de la tierra, que se insertó en el artículo 17 de la exposición de foralidad del hombre y del ciudadano, promulgada por Robespierre y compañía. El importante jurista alemán Rodolfo Thering dice con razón que ha costado más fatigas hacer reconocer a la ciencia — aunque sólo teóricamente — que el hombre es un ser libre, que meterle al vulgo letrado en el vacío pesqui, la verdad de que la Tierra, hecha un zarandillo de amor, gira como un trompo inefable en torno del rubicundo Febo.

ANGEL SAMBLANCAT

La rebeldía alma mater del anarquismo

por SOLANO PALACIO



EXISTEN entre nosotros compañeros que, ya por haber sido desplazados de sus medioambientes, ya por haber comprobado que el ser humano, en gran parte es maleable, se inclinan hacia el reformismo defienden y ensalzan la pasividad como un medio de lucha, repudiando todo acto de rebeldía. En buen romance español esto se llama ni más ni menos que resignación cristiana o budista o simplemente colaboracionismo estatal.

Los líderes religiosos obran movidos por una visión ulterior de bonandanza; pero mal encaja esta teoría pasiva en un mundo de injusticias y violencias. La mitología antigua creó sus héroes de rebeldía, a los que los helenos ensalzan y los cristianos maldicen: Luzbel y Prometeo, quienes viviendo en ambientes de injusticia y adulación, se rebelan, sin temor a la furia de los tiranos. Prometeo desde su roca, encadenado y picoteado por los buitres, maldice a Hermes, diciendo que prefiere el tormento a la vida de adulación del Olimpo.

En todo tiempo la rebeldía del ser humano ha sido la gestadora de la libertad, siempre limitada que disfrutamos. Los tiranos y las multitudes pusilánimes de aduladores, solamente ceden por el temor para modificar sus criterios.

Nosotros hemos tenido muchos teóricos y muchos hombres rebeldes; pero todos ellos han aceptado como hecho indudable que a la violencia se debe combatir con la violencia. Esta actitud no obedece a un estado violento y sí a un estado de justicia.

Pedrô Kropotkin, uno de nuestros más gran-teóricos, en su libro, *Memorias de un revolucionario*, se pinta a sí mismo como un rebelde, dispuesto a jugarse la vida por la causa si necesario fuera, siempre dispuesto a responder con la fuerza a la violencia.

En nuestro campo han abundado siempre más los hombres de acción que los temperamento pasivo. En el seno de la Asociación Internacional de Trabajadores, los campos han quedado bien limitados. En la lucha sostenida entre Carlos Marx y Miguel Bakunin, el uno era partidario de la acción política, pactando con todos los políticos de la época, mientras que Bakunin confiaba en la acción de los pueblos, sin jefes políticos ni divinos. Marx y su colega Engels, usaron de todas las armas posibles, por poco nobles que fueran para desacreditar al Coloso, como le llamó Kropotkin.

A su regreso de la Siberia, de donde se había fugado, se encontró con la noticia desagradable de que estos señores, desde las columnas de un periódico alemán habían lanzado la especie de que Bakunin era un espía al servicio de los zares rusos. Al verse emplazados estos vulgares calumniadores, echaron la culpa a Madame Dupin (Jorge Sand), pero ésta contestó debidamente en una carta, diciendo que para ella el señor Bakunin siempre había sido un caballero respetable y digno. Bakunin pobre y amargado, de regreso de las regiones árticas y de la soledad de los calabozos austriacos y rusos, escribía a Herzen director de «La Campana» en Londres lo siguiente: «Los señores Marx y Engels

serán buenos sociólogos, pero en lo que respecta a lo dicho y sostenido alrededor de mi actuación, hay cosas que no se pueden contestar con la pluma en la mano, porque se debieran de contestar con la mano sin pluma.»

Los malvados calumniadores, tipos acabados de bolcheviques, cuya palabra aun no existía, por estas y otras manifestaciones, propias de un espíritu recto, han visto en Bakunin a un pendenciero, de temperamento levantisco.

Aquellos que se han educado en los medios marxistas siempre obrarán influenciados por estas doctrinas perniciosas, sostenidas y propagadas por los enemigos de la libertad y de la justicia. Lo que pasa hoy en Rusia es el resultado de aquello.

La pasividad sin rebeldía equivale a un renunciamento de nuestros derechos. Las conquistas humanas son el fruto de luchas violentas, iniciadas por actos de rebeldía de los pueblos, incitados por los individuos que por su comportamiento han logrado captarse la confianza de los oprimidos.

Aquellos hombres que dicen luchar por la emancipación de los oprimidos y aspiran a ser simples colaboradores del gobierno, no hacen nada mejor que dar fortaleza a los Estados, esclavizando más y más a los individuos. Quizás nunca el hombre ha sido civilmente tan esclavo como actualmente, con gobiernos socialistas, comunistas, fascistas o demócratas. Procurad viajar y veréis las trabas que existen, y en cualquier acto de la vida el individuo carece de valor numérico. El colaboracionismo nos trajo la empleomanía estatal, que es simplemente un ejército de vagos que viven pegados al cuerpo del presupuesto, como vive el parásito pegado al cuerpo de la víctima.

Este sistema de colaboracionismo, no es otra cosa que la continuación de la obra que han iniciado en el mundo hace millares de años los sacerdotes, secundados y apoyados por los políticos en todas las partes del mundo. Los sacerdotes primero y los gobernantes después han dado siempre a sus expoliaciones un aspecto legal o divino; para ello han educado y siguen educando a los niños, bajo el temor de Dios y de la Ley, reglas éstas que ellos, generalmente malvados, consideran como un freno que contenga las pasiones humanas. Ante esta situación los hombres viriles suelen ser rebeldes, mientras que los timoratos aceptan como preceptos estas filfas políticas y embustes religiosos.

Así, entre los hombres de espíritu independiente, cada uno emplea los medios de rebeldía que están a su alcance: Isaac Puente, en una ocasión apeló a la huelga del hambre. Estaba preso y no disponía de otros medios más eficaces para manifestar su protesta de rebeldía contra las injusticias sociales.

En el rebelde hay dos aspectos dignos de aprecio: uno corresponde al desheredado de la fortuna, que se rebela porque sufre en carne propia las injusticias sociales, mientras que el otro es el espíritu selecto que se subleva ante las injusticias, siempre en defensa de los débiles. Al número de estos últimos pertenecía Bakunin y otros muchos, cuya lista sería interminable. Todos ellos anarquistas.

VIDA SIN PRINCIPIOS

La libertad por tierras de América

SE ha dicho que América será el lugar en donde se dará la batalla de la libertad; pero no deja de ser verdad que no puede haber libertad en el sentido político que se le da. Aun si tenemos por seguro que los americanos se han liberado de un tirano político, no dejan por eso de ser menos esclavos de otro tirano económico y moral. Ahora que la república — la *res pública* —, ha sido constituida, tiempo es ya de preocuparnos por la *res privada* — la condición privada —, a fin de que como decía el senador romano a sus cónsules: «ne quid *res privata* detrimenti caperet», que la condición privada no reciba daño.

Llamamos a éste el país de los libres. ¿Qué quiere decir libres del rey Jorge y continuar siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué es eso de haber nacido libres y no poder vivir libres? ¿Cuál es el valor de toda libertad política, si no la acompaña la libertad moral? ¿Es una libertad de ser esclavos o una libertad de ser libres la que perseguimos? No hay duda de que somos una nación de políticos, pues no usamos de la libertad más que para ciertas restringidas defensas. Por lo tanto son los hijos de nuestros hijos los que tal vez lleguen a ser libres. Nos conceptuamos muy injustamente a nosotros mismos, y solamente una de nuestras partes no está representada, y se trata de un concepto que carece de representación. Alojamos tropas, alojamos locos y ganado de toda clase a nuestro cargo. Alojamos nuestros gruesos cuerpos con nuestras pobres almas, hasta que los primeros devoran la substancia de las últimas.

Con respecto a la verdadera cultura de la humanidad, somos esencialmente provincianos y aun no metropolitanos. Meros Jonatanes. Somos provincianos, porque en nuestros hogares no encontramos lo que necesitamos; porque no adoramos la verdad, sino el reflejo de la verdad; porque estamos agobiados y limitados por nuestras mezquinas apetencias comerciales, en los campos de la industria y del agro, etc., que muy bien podrán ser considerados como medios, pero que nunca podrán ser fines.

No de otro modo es el provinciano parlamento británico. Meros patanes rústicos, que a sí mismos se restringen, cuando hay importantes cuestiones que debatir. La cuestión irlandesa, por ejemplo y ¿por qué no la misma cuestión inglesa? Sus naturalezas están limitadas a lo que hacen. Su «buen comportamiento» sólo respeta ob-

jetos secundarios. Las más finas maneras del mundo, aparecen torpes y fatuas, si hemos de compararlas con su más fina astucia. Son algo así como las modas ya idas, vetustos ropajes de cortes. Siempre los vemos arrodillados con sus ropas cortas, ya fuera de época. No parece que sea la excelencia de sus maneras, sino más bien el vicio, lo que continuamente refleja su carácter, pues son ya ropajes viejos o cortezas en vez de pura carne, al reclamar un respeto que de derecho pertenece toda la caricatura viviente. Y no puede servirles de excusa el hecho de que en algunos crustáceos, sea de más valor el cascarón que la carne. El hombre que alardea de más finos modales ante mí, como si ellos fueran los que quisieran comunicar conmigo, cual si tratara enseñarme el museo de sus curiosidades, no se da cuenta que lo que yo deseo es verlo a él mismo. El poeta Decker no llamaba a Cristo en este sentido «el primer gentilhombre que se ha conocido». En este aspecto, la más espléndida corte de la Cristiandad no deja de ser provincial, pues solamente su autoridad se limita a la consulta de intereses trasalpinos y no asuntos de Roma. Bastaría un pretor o procónsul para solucionar las cuestiones que absorben al parlamento inglés y al congreso americano.

¡Gobierno y legislación! Posiblemente en su día fueron respetables profesiones. Hemos oído que se nació siendo un Numas, un Licurgo o un Solón, en la historia del mundo; nombres que siguen recordándose como los de legisladores ideales; pero, ¿no es vergonzoso, como en nuestro caso, pensar en legislar para fomentar la esclavitud o exportar tabaco? ¿Qué legislador verdaderamente humano legislará el comercio de esclavos? ¿Qué tienen que ver los legisladores divinos con la exportación o importación del tabaco? Supongamos que se planteara la pregunta a algún hijo de Dios —pues posiblemente tenga alguno en este siglo diecinueve— cuya familia no debe haberse extinguido, ¿en qué sentido habría que decirse? ¿Qué diría un Estado como el de Virginia para en última instancia poder defenderse, si en él tales legislaciones han sido sus principales producciones? ¿Qué terreno queda en tal Estado para el verdadero patriotismo? Nótese que hago mis conclusiones de las estadísticas que esos mismos Estado publican.

Curioso comercio el nuestro que cruza cada día el mar en busca de castañas y racimos de uva, cuyos marineros son esclavos de sus propósitos! No hace mucho vi un

barco semihundido cerca de la orilla, en el que se habían perdido numerosas vidas, y en la playa estaba esparcido su cargamento de trapos, nebrinas y almendras amargas. Parecía que no valía la pena haber desafiado las furias marinas desde Leghorn hasta Nueva York por la obtención de un cargamento de nebrinas y almendras amargas. ¡América mandando a buscar al Viejo Mundo sus amarguras! ¿No es el mar salado, no es el naufragio lo bastante amargo como para desbordar allí la copa de la vida? Y consideremos que casi siempre se trata de nuestro comercio jactancioso; de cuyo seno surgen esos hombres que a sí mismos se catalogan como estadistas y filósofos, que tal ceguera padecen como para creer que el comercio y la civilización dependen precisamente de tal clase de intercambio y de actividad —actividad de moscas revoloteando las melazas porquerizas—. Muy bien, sería eso, observó alguien, si los hombres fueran ostras. Y, muy bien, respondí yo, si los hombres fueran moquitos.

El teniente Herdon, enviado por nuestro gobierno para la exploración del Amazonas y, también según se supone para extender el área de la esclavitud, observaba que allí podría haber «una población activa e industrial, que algo supiera de las comodidades de la vida y que tuviera necesidades artificiales, que la incitaran a extraer los grandes recursos naturales de la región». Pero, ¿por qué esa manía de alentar las «necesidades artificiales»? No es el amor hacia los lujos, como el tabaco y los esclavos, creo yo, de este nativo de Virginia; no son el hielo, el granito y otras riquezas materiales de nuestra nativa Nueva Inglaterra; ni son los grandes recursos del país los que han de fertilizar o esterilizar el terreno que produce aquéllos. Me he dado cuenta que, en cada Estado que he podido visitar, la principal necesidad, no deja de ser el buen propósito de sus habitantes. Esto solo vale más que «los grandes recursos de la naturaleza»; o al menos la valorizan más allá de sus recursos; porque naturalmente el hombre muere fuera de ella. Cuando deseemos más cultura que patatas y más sabiduría que ciruelas dulces, entonces ya ni se pensará en los grandes recursos del mundo, y el resultado de su principal producción ya no será esclavos o asalariados, sino hombres: esos raros frutos llamados héroes, santos, poetas, filósofos o redentores.

En resumen, del mismo modo que se forma un remolino de nieve dónde sopla un viento fuerte, también se podría decir que, en donde sopla el viento de la verdad, nace una institución. Pero la verdad sopla por encima de las instituciones y a pesar de ellas.

Lo que se entiende ahora por política es algo tan superficial e inhumano, que prácticamente no he podido hacerme a la idea de que tenga algo que ver conmigo. Los diarios, como me he dado cuenta, dedican especialmente algunas de sus columnas al gobierno o a la política, y no cobran nada; y es esto me parece, y no otra cosa, lo que los salva; pero en lo que a mí concierne, mi amor va hacia la literatura y también hacia la verdad, por nada del mundo leería yo tales columnas. No quiero que mis sentidos se anquilosen con semejantes cuestiones. Y

no he de recibir contestación por haber leído un solo mensaje presidencial. Epoca extraña ésta del mundo, en la cual imperios, reinados y repúblicas, vienen a mendigar a la puerta privada de los hombres [para suplicar un alimón! Cuando topo con un diario, siento el naufragio de un gobierno u otra institución semejante. Siempre tratan de empujarnos con sus piernas, para que los lectores, a su favor intercedamos con nuestros votos. Su impertinencia es mayor que la de los mendigos italianos. Si mi mente fuera de esas que se placen en escurrir noticias hechos casualmente por algún oficinista mercantil, o por el vagabundo que representa, aunque no sepa ni una palabra de inglés, podrá probablemente leer sobre la erupción de algún Vesubio o el desborde de algún Po, verdaderos o imaginados, que los hayan retrotraído a su condición. Cuando me enfrento a tales casos pienso que en los asilos o en los trabajos útiles hace falta gente. ¿Por qué no nos dejarán tranquilos y permanecerán en sus castillos, como yo permanezco en los míos? Parece que el pobre presidente, de quien se dice que está guardando su popularidad y haciendo su deber, se encuentra completamente aturrido. Los gobiernos son la verdadera potencia rodante: todo otro gobierno se reduce a unos pocos marineros armados y a escasos fuertes Independencia. Si un hombre se olvida de leer el «Daily Times», el gobierno se le caerá encima, pues es ésta y no otra la cosa que se considera mayor traición en nuestros días.

Las cosas que ahora más atraen la atención de los hombres, como la política y las rutinas diarias son, no hay duda, funciones vitales para la sociedad humana, pues inconscientemente se nos moldea, como se opera con las funciones correspondientes del cuerpo físico. En este aspecto los hombres son vegetativos e *infra humanos*. A veces, presiento que esos inconscientes me persiguen, pues un hombre puede volverse consciente de algunos procesos de digestión en un Estado mórbido, y padecer lo que llaman dispepsia. Es algo así como si un pensador no tuviera inconveniente en ser tragado por el gran buche de la creación. La política fué y es la gran tragadera de la sociedad, llena de arena y grava, y las dos partes políticas son las dos mitades opuestas, a veces divididas en otras dos más, y no sería extraño que se entredorasen unas a otras. No son sólo los individuos los que padecen de semejante dispepsia, sino también los Estados y que, como podéis imaginar, la expresan con gran elocuencia. Por lo tanto, nuestra vida no es, en conjunto, un mero olvido, sino que también ¡por desgracia! un simple recuerdo para la gran mayoría, del que nunca hemos tenido cabal conciencia, ni aún en nuestras horas más despiertas. ¿Por qué no encontraríamos en nuestros caminos, en vez de dispepticos para hablarnos de sus malos sueños, también de vez en cuando algunos *eupépticos*, para gozar juntos la alegría de cada gloriosa aurora? Por cierto que no pido nada, en verdad, exorbitante.

Henry David THOREAU

(Trad. de V. Muñoz)

Imitemos a la llama

por José Pérez BURGOS

ESTABA en las últimas: como la luz del candil que chisporrotea para extinguirse. Me sentía languidecer físicamente y, entre brumas de indiferencia y feos nubarrones de pesimismo, se iban esfumando las que siempre me fueron caras ilusiones, piernas y meta, alimentos del espíritu. Confesaré que este género de extinción reviste cierta dulzura: no amo las transiciones fuertes o bruscas, y ésta que en mí se iba operando de la Vida a lo Ignoto, semejava al resbalar lento de una bella puesta de sol... Si alguna vez he de extinguirme preferiré que sea así: abordar a las orillas del más allá(?) suavemente. Para mí, el señor que se suicida arrojándose al vacío, hace siempre el ridículo, el risible ridículo de cualquier contorsión violenta, el del que pierde altura; y más, si perdiéndola, sólo se perniquebra. Bello, para morir, el chispear luminoso de la llama, que consume, luciendo y brillando, hasta la última molécula del cuerpo donde prendiera, hasta la última gota de su savia vital.

Quiero imitar a la llama.

★

Hubo en mi tierra natal, un señor Campos, ricachón, escéptico, harto quizá de abundancias, que de la noche a la mañana decidió «retirarse lejos del mundanal ruido». Item más, poseía aquel *primer contribuyente* (¡atadme esa mosca por el rabo!), un cortijo en Sierra Alhamilla, y allí se recluyó, no sin que, previamente, ordenase blanquear las cuatro fachadas del caserón, para que sobre los lienzos albos destacara esta peregrina máxima, expresada a los cuatro vientos en grandes letras negras: *Huyendo de los sabios...*

De mi parte, no es que huyera de los que saben más; ni que nadase en la abundancia, estrago de los gustos; ni que fuera tanta mi estrechez como para desesperarme, buscando en el alejamiento, más que remedio, solución final. ¿Por qué me aparté de la relación con mis semejantes y, sobre todo, por qué rehuí el intercambio diario, íntimo, agradable, fraterno y solidario, con mis afines?

No responderé hoy como probablemente, hubiera respondido unos días atrás. Recobrado el equilibrio del espíritu, sereno el pulso cerebral, ahora estoy lejos de los ex-abruptos del desamor, y no sabría ser grosero. Al interés afectuoso de tantos buenos amigos, respondo, con igual afecto: «Debió existir un motivo, una causa — no digo una razón — determinante... pero no acierto a precisarla. Creo que sea algo que nombro el *mal del exilio*, un mal epidémico, tan repugnante y más pernicioso que la lepra, habiendo como gérmenes la abulia, la desgana, la renuncia cobarde, el entreguismo, la negación de atri-

butos y dignidades humanas, racionales y nobles. Equivale a morir antes de vivir... Antes quiero imitar a la llama.»

★

Vale más que me ocupe de la cura que del mal en sí. Me he curado y estimo interesante ofrecer el remedio, por si otros, pasando la angustia que a mí me atenazó, quisieran recobrar, como yo me recobré: Basta imitar a la llama. Bregar, luciendo, mientras quede savia. Enderezar el rumbo del espíritu, manteniendo firme el timón de la voluntad. El que lo haga apreciará, como yo aprecio ahora, el espanto de la sima desde la alegría de la altura; la ineficacia triste y agobiante del aislamiento, y el bienestar que proporciona la solidaridad humana, complemento de cada existencia, tranquilidad, satisfacción del deber cumplido.

¡Qué hermoso marchar de nuevo al alcance de los amplios horizontes! ¡Qué hermoso sentirse capaz de algo, y hacerlo! ¡Qué humano el noble concurso del granito de arena! lo otro, lo, lo que sufrí y me extinguía, ¡cuán feo y deleznable!

Quiero imitar a la llama: Luce, hermano, junto a mí, y al compás de iguales ansias, identidad de sentimientos y necesidades, compás de apremios manumisores, obtendremos el *Imposible*, imaginación, pesadilla del «mal del exilio», que nos alejó de la realidad cercana, a nuestro alcance. Di ¡basta!, a ti mismo y a los logreros del engaño, que fomentan, criminales, la epidemia. Recóbrate, recobra la confianza que distingue a los fuertes, y juntos forjaremos un mundo a nuestra medida, sin medidas, para que sepan holgadamente todas las dichas...

★

¿Sueños, ilusiones, utopías? De veras creo que no. Estímalo tú como quieras, pero no dejes de apreciar, en todo caso, el resultado de la encomienda, de la delegación: traslado inoperante y medro de los mandatarios. Llega la demostración hasta la saciedad: nada práctico y útil se hará, sino lo que entre *todos* hagamos, haciendo algo cada uno. Y si este hacer concertado quedara en la raya de las esperanzas, siempre resultará que consagramos nuestra existencia a la justa causa de los oprimidos; siempre resultará que mantuvimos la pugna dignamente: Llamas de amor y libertad que han de alumbrar, ¡no lo dudes!, días de luz y de prosperidad para la especie humana.

Breve excursión sobre los fundamentos históricos del anarquismo

MOTIVO Y PROPOSITO

por CANO RUIZ



El motivo esencial de esta plática surgió al considerar que hay muchas personas que piensan que ese magnífico grupo de ideas que integran el anarquismo ha surgido por generación espontánea en el pensamiento de los grandes maestros de este ideal, desde Proudhon acá. Algunos de nuestros pensadores han tratado de hacer comprender que la esencia misma del anarquismo se pierde en la perspectiva de los tiempos. Empero, incluso investigadores e historiadores sociológicos de reconocida solvencia y seriedad abundan en la idea que expresamos primero, dándole un origen recientísimo al pensamiento anarquista.

Y en esta charla nos proponemos demostrar que no es así, sino que el pensamiento anarquista tiene unos fundamentos históricos que se confunden con los albores de la historia misma.

Ante todo, para comprender bien nuestra tesis, es necesario fijar categóricamente cuáles son, a nuestro entender, los postulados base del anarquismo, ya que éstos los consideramos presentes en casi todos los momentos de la historia.

Así, los postulados base del anarquismo podrían ser:

Primero. — La tendencia suprema de la naturaleza humana se encamina hacia la consecución de los más amplios estadios de felicidad.

Segundo. — Todos los humanos son iguales en derechos y deberes entre sí.

Tercero. — La libertad es un ejercicio imprescindiblemente necesario a la naturaleza humana.

Cuarto. — Por propia naturaleza, la especie humana es sociable, y para el buen desarrollo de su evolución individual y colectiva se hace necesario e imprescindible el ejercicio permanente de la fraternidad y la ayuda mutua.

Quinto. — Las formas de convivencia humana han de tener como base y orientación la consecución, en el mayor grado posible, de esos estadios de felicidad a que la humanidad aspira desde siempre.

Por otra parte, el anarquismo sondea e inquiere sobre la naturaleza del ser humano y sobre la naturaleza del medio en que el propio ser humano se desenvuelve para, con arreglo a ellas, encontrar las formas de convivencia que puedan hacer factible esos grados de felicidad a que nos venimos refiriendo.

Y lo que nos proponemos demostrar es que las esencias de estos postulados han estado presentes en el pensamiento humano de todas las épocas a la par que esos anhelos permanentes de felicidad.

Así, pues, considerando al anarquismo, en su esencia y raíz, como ese anhelo inherente a la naturaleza humana

de conocerse a sí misma y conocer el medio en el cual se desenvuelve para encontrar los basamentos de las mejores formas de convivencia, podemos afirmar que la historia de este ideal comienza paralela a la propia historia del pensamiento humano.

LOS ORIGENES

Cuando el hombre fué capaz de pensar, cuando alcanzó en la escala zoológica ese peldaño que perfeccionó su cerebro hasta permitirle analizar, comparar y catalogar sus sensaciones para convertirlas en ideas, tal vez la primera labor de ese órgano tan maravillosamente desarrollado fué la fabricación de estos tres interrogantes:

¿Qué soy yo?

¿Qué es lo que me rodea?

¿Cómo debo vivir?

Y no cabe duda que alrededor de estos tres interrogantes se ha desarrollado el pensamiento de todas las épocas y que todas las religiones han tratado siempre de responder más o menos engañosamente a ellas.

Entonces, cuando el hombre se hizo esas preguntas, que forzosamente hubieron de ir seguidas de otras muchas, ya que el pensamiento es una interrogante permanente, comenzó a hacer ciencia este animal a cuya especie pertenecemos. Una ciencia balbuciente, claro, porque balbuciente era su pensamiento y sus limitados y burdos sentidos los únicos medios de que disponía para elaborar esa ciencia. Pero en cuanto los humanos comenzaron a escarcear en los misterios de la vida, con el anhelo sublime de comprender y dominar esos misterios, entraron en el camino que conduce al conocimiento de esas grandes leyes de la vida que rigen la vida misma. Camino nebuloso, como nebuloso era el pensamiento y el vivir todo de aquellos hombres, pero recorrido con emociones e inquietudes tan digno de admiración y estima como los anhelos y emociones que nos embargan hoy, cuando ya somos casi dioses viajeros por espacio.

De entonces acá, en el transcurso de toda la historia, no ha habido momento en que no estuviera presente en casi todas las manifestaciones del pensamiento ese hambre voraz de conocer verdades que impulsaron al hombre a las más grandes aventuras de la especie.

Claro que en el desliz de toda la historia, aún con la intención de buscar verdad, el hombre se ha internado por caminos tortuosos y sombríos que lo han llevado a errores y aberraciones formidables. Hasta el extremo que el pensamiento oficial de casi todas las épocas ha estado impregnado y regido por esas aberraciones y esos errores.

Los más grandes errores y las aberraciones más grandes de nuestra especie han sido las religiones. Con ellas se ha intentado explicar todos los misterios de la vida.

Y esas aberraciones tuvieron el poder de dominar y orientar la vida humana en casi todos los momentos de la historia. No obstante ello, también hubo en todos esos momentos humanos que intuyeron las grandes leyes naturales por las que debía regirse la vida humana en armonía con su propia naturaleza y la naturaleza del medio en que se desenvuelve. Si no hubiera sido así, si no hubiera habido humanos inconformes en todo momento, el pensamiento y el conocimiento se hubieran estancado al aceptar las primeras explicaciones religiosas que, por serlo, precisamente por ser religiosas, siempre pretendieron ser explicaciones ciertas y absolutas. Por eso, todos los periodos de la historia propiamente dicha —y tal vez los de la antehistoria y la protohistoria—, todas las épocas de la humanidad de que tenemos alguna noticia, registran seres que se rebelaron contra las creencias de su época para ofrecer a los problemas de la humanidad soluciones nuevas y, casi siempre, más cerca de las verdaderas soluciones a esos problemas. Toda la historia del pensamiento está llena de esos ejemplos.

El hombre primitivo debió aprender muchas normas de vida de los animales, con quienes vivía en comunión estrecha y con quienes había compartido muchos aspectos de su propio vivir. Con frecuencia repartía con algunos de ellos su alimento y su vivienda, y el estudio de su vida, aunque sólo fuese por las impresiones que le causaban las actitudes animales consideradas por él como extraordinarias, constituye la manifestación primera de las ciencias naturales, como señala Kropotkin. Nuestros antepasados, viviendo en estrecho contacto con los animales, transmitieron a sus hijos esa primera enciclopedia verbal práctica que, en formas de leyendas, proverbios y sentencias, estudiaba la psicología animal — porque también los animales tienen una vida psicológica — tomándola como ejemplo de ética y buenas cualidades. Por ese camino, lo primero que el hombre debió observar fué esa enorme aglomeración de tribus animales en las que el sentimiento de igualdad y apoyo mutuo es practicado de manera casi absoluta. No pudo escapársele al hombre de aquellas épocas la presencia en las grandes sociedades de monos, sus más cercanos parientes, de esos grandes principios de igualdad y ayuda mutua en la búsqueda de alimentos, al trasladarse de uno a otro lugar la tribu, al combatir en común contra el enemigo, al apretarse unos contra otros en los días de frío intenso... Al referirse a estos casos, Kropotkin dice: «Pero nuestros antepasados, que atribuían a los animales un intelecto superior al suyo, consideraban estos acuerdos como una cosa natural y digna de imitación».

Según ese concepto, todos los animales —fieras, pájaros, peces— están en comunión estrecha entre sí. Se advierten el peligro unos a otros mediante signos o sonidos que el hombre casi nunca entiende; se informan unos a otros acerca de toda clase de acontecimientos; forman, en fin, una enorme sociedad con sus tradiciones de buena vecindad y hasta de cortesía. Huellas profundas de una concepción semejante de la vida de los animales se conservan hasta nuestros días en los cuentos y leyendas de los pueblos, y una reminiscencia actual y modernísima de ello es todo el arte de ese mago del cine llamado Walt Disney.

Estas observaciones hubieron de llevar al hombre primitivo a la idea esquemática de que la ayuda mutua y la igualdad son leyes de la naturaleza que se extienden a todas las manifestaciones de la vida animal. Esto hubo

de reforzar la idea primitiva de la unidad de la especie humana, adquirida anteriormente, cuando el hombre aprendió a distinguir a su propio semejante de los otros animales, formando un concepto un tanto más complejo de la moral al normalizar su conducta, no sólo con sus semejantes, sino con los animales, sus vecinos inmediatos, naciendo en él un concepto un tanto más abstracto de estos principios fundamentales de la ética y la justicia.

La influencia que este descubrimiento hubo de tener en el pensamiento de aquellas épocas debió ser decisiva para el porvenir de la humanidad. Por él se llegó a la concepción primera de la unidad de origen que, bastante mas tarde, sirvió de base a las extendidas religiones monoteístas para considerar a los humanos como hijos de un solo dios e iguales, cuando menos, ante ese dios que los creó. Esa concepción primera de la unidad de origen, considerando al hombre, a la humanidad toda, como producto de una misma causa, que implica, en su esencia, un principio de igualdad, hubo de influir en los conceptos morales de aquellos tiempos y, tal vez, realizó la más grande revolución ideológica de todos los tiempos. En la evolución ideológica en general, la influencia que la idea de unidad de la especie humana ha podido tener en el desarrollo de esta evolución puede compararse a la influencia que el descubrimiento del fuego o la invención de la rueda han tenido en la evolución mecánica e industrial. Cuando el hombre comenzó a considerar al hombre como un su igual, había descubierto una de las más grandes leyes de la naturaleza y había sentado una de las primordiales piedras de todo el edificio de su ciencia y de su moral.

Claro que ese salvajismo primitivo que consideraba al hombre superior, cuando no único, a los demás hombres, al clan superior a los otros clanes y a los pueblos *elegidos* sobre los otros pueblos aún perdura y es causa de tragedias y desastres, como lo demuestran los nacionalismos desenfrenados que estamos presenciando en plena era atómica; pero también perdura la idea de igualdad y ayuda mutua entre los humanos y su influencia ha representado siempre un freno a ese salvajismo desbordante y siempre poderoso.

No dispone la historia de datos ciertos sobre las normas de conducta que debieron regir las primeras sociedades humanas, pero comparando la vida actual de los pueblos más rezagados, de quienes se puede colegir que viven, en sus rasgos más característicos, como nuestros antepasados de hace diez o doce mil años, se ha llegado a la conclusión de que la vida social en esos asomos de civilización estuvo casi siempre regida de acuerdo a los conceptos esenciales de igualdad y ayuda mutua que ya habían surgido en el pensamiento de aquellos hombres primitivos.

Se cita por los antropólogos que los bosquimanos, que ocupan, tal vez, el más bajo peldaño de la civilización actual y que fueron exterminados apenas el siglo pasado, cuando establecieron contacto con los europeos vivían en pequeños clanes, que a veces se agrupaban en federaciones, y las normas de vida — la ética que regulaba su vivir cotidiano puede condensarse en estos puntos:

Primero. — Todos se consideraban fundamentalmente iguales entre sí, no aceptando otra autoridad que la que se origina de la experiencia y la edad.

Segundo. — Las labores de sustento: caza, recolección

de frutos, etc., se realizaban en común y el producto era propiedad colectiva y repartida equitativamente.

Tercero. — Se profesaban un profundo afecto —no abandonaban jamás a sus heridos, sus ancianos y sus niños—, y no disputaban ni reñían seriamente entre los propios elementos de la tribu.

Cuarto. — Cumplían la palabra empeñada y eran agradecidos.

Estas cualidades esenciales no forman hábito si no han sido ampliamente ejercitadas en la vida ordinaria y responden a un concepto ya bastante elevado de la vida.

De los hotentotes, cuyo grado de civilización es también bajísimo, Kolben, uno de los viajeros que más los han conocido, decía:

«La palabra dada es sagrada para ellos. Ignoran por completo la corrupción y la deslealtad de los europeos. Viven muy pacíficamente y raramente guerrear con sus vecinos. Están llenos de dulzura y de benevolencia en sus relaciones mutuas. Uno de los placeres más grandes de los hotentotes es el cambio de regalos y de servicios.»

Estas cualidades que señala Kolben no pueden darse sin un sentido bastante desarrollado de la idea de igualdad y ayuda mutua.

Los esquimales, cuyas formas de vida actual se asemejan mucho a las del hombre del periodo glacial, hasta hace muy pocos años, en casi todas sus tribus ha estado viviendo un sistema económico basado en el colectivismo y se citan casos, como el presenciado por Dall en el río Yukon, y que cita Kropotkin, en que usa familia aleutiana que, por las influencias de las relaciones con nuestra civilización, había comenzado a enriquecerse excesivamente, en un festín al que se había convocado a todos los elementos del clan, después de saciarse todos, distribuyeron sus riquezas, concernientes en diez fusiles, diez vestidos completos de pieles, doscientos kilos de cuentas, numerosas mantas, diez pieles de lobo, doscientas pieles de castor y quinientas de armiño. Y una vez realizado el reparto, los dueños de todo aquello se quitaron sus vestidos de fiesta y los repartieron, vistiendo de nuevo sus viejas pieles y dirigiendo a los miembros del clan un breve discurso en el que dijeron que, si bien ahora se habían visto tan pobres o más que cada uno de sus huéspedes, en cambio, habían ganado su afecto y su amistad.

Según Kropotkin, tales distribuciones de riqueza, al parecer, constituyen una costumbre muy antigua que surgió al mismo tiempo que la primera forma de riqueza personal, como medio de restablecer la igualdad entre los miembros del clan, perturbada por el enriquecimiento de algunos. Y Kropotkin sigue opinando que la división periódica de las tierras y el perdón periódico también de todas las deudas, como se señala en algunas oraciones cristianas, son reminiscencias de esas costumbres existentes en tiempos primitivos en mucho y diferentes pueblos.

Si estas opiniones de Kropotkin se ajustan a la realidad, y no hay razón alguna para dudarlo, la vida del hombre primitivo estuvo grandemente influenciada por esos sentimientos de igualdad y ayuda mutua, que fueron los primeros grandes conocimientos que el ser humano adquirió y que le sirvieron de contrapeso a ese egocentrismo e instinto de dominio que le acompañó siempre como parte esencial, también, de su naturaleza. (Es imposible que en un estudio rápido como éste podamos

entretenernos en el análisis psicológico de las motivaciones y orígenes de ese egocentrismo e instinto de dominio que siempre acompañó al hombre, pero se podría demostrar que su florecimiento se debe, casi siempre, a las condiciones del medio, que exacerban el instinto de conservación hasta hacerle trasponer las fronteras de lo normal).

Porque quien cree que la vida primitiva estuvo regida permanentemente por la lucha perpetua de uno contra todos, opinión fortalecida con el darwinismo, parece ser que no se ajusta a la verdadera realidad de lo acontecido en aquellos primeros tiempos de la vida social. En su «Apoyo Mutuo» Kropotkin demuestra irrefutablemente que aunque el mundo presenta al infinito escenas de luchas entre los seres que habitan la tierra, el aspecto contrario ha sido predominante, puesto que la vida misma sería imposible sin la ayuda mutua. «Naturalmente —dice Kropotkin—, sería demasiado difícil determinar, aunque fuese aproximadamente, la importancia numérica relativa a estas dos series de fenómenos, pero si recurrimos a la verificación indirecta y preguntamos a la naturaleza: ¿Quiénes son más aptos, aquellos que constantemente luchan entre sí o, por el contrario, aquellos que se apoyan entre sí?, en seguida veremos que los animales que adquirieron las costumbres de ayuda mutua resultan, sin duda, los más aptos. Tienen más posibilidades de sobrevivir como individuos y como especie, y alcanzan en sus correspondientes clases (insectos, aves, mamíferos) el más alto desarrollo mental y organización física. Si tomamos en consideración los innumerables hechos que hablan en apoyo de esta opinión, se puede decir con seguridad que la ayuda mutua constituye una ley de la vida animal como la lucha mutua. Más aún, como factores de evolución, es decir, como condición del desarrollo en general, la ayuda mutua probablemente tiene importancia mucho mayor que la lucha mutua, porque facilita el desarrollo máximo de la especie, junto con el máximo de bienestar y goce de la vida para cada individuo, y al mismo tiempo como el mínimo de desgaste de energías y de fuerzas».

Y Martín Buber, en el libro «Caminos de Utopía» añade: «Lo esencial de todo aquello que ayudó al hombre a salir, por decirlo así, de la naturaleza y, a pesar de su debilidad como ser natural, a mantenerse frente a ella, más esencial aún que hacer un mundo «técnico» de cosas específicamente configuradas, era que se uniera con sus semejantes para la defensa y la caza, para cosechar y trabajar, y eso de suerte que, hasta cierto punto desde el principio, y luego cada vez más, considerara a los demás, a cada individuo, como seres independientes e iguales con respecto a él, entendiéndose así con ellos, dirigiéndoles la palabra y aceptando que ellos se la dirigieran».

Estas disquisiciones y citas que acabamos de hacer eran necesarias para apoyar estas dos conclusiones:

Primero. — Cuando el hombre se distanció lo suficiente de la animalidad para adquirir ese grado de desarrollo cerebral que le produjo el pensamiento, ya considerado como tal, sintió la inquietud de conocerse a sí mismo, conocer el medio en que vivía y saber su papel en el concierto universal. En ese camino, su primer descubrimiento fué apercibirse que pertenecía a una especie animal bien determinada por características que en ninguna otra especie se dan. De ahí nació la borrosa idea de igualdad de la especie. Idea borrosa que fué aclarándose a la

par que el pensamiento se enriquecía con nuevos conocimientos. En esa idea se encuentra el origen de la ética, que tan compleja es ya en nuestros días, y uno de los fundamentales principios del anarquismo.

Segundo. — La humanidad, cuando alcanzó la idea que acabamos de citar, sin apenas esfuerzos, casi voluntariamente, adaptó su diario vivir a las deducciones lógicas de esa idea, con lo que hizo posible la realización de las primeras manifestaciones de la vida en colectividad: familias, clanes, tribus.

Estos dos hechos demuestran que el hombre tiene necesidad de adaptarse a las leyes naturales que rigen su vida y lo hace sin esfuerzos cuando conoce esas leyes y no hay fuerzas bastardas que lo alejen de ellas. Lo que, a fin de cuentas, es uno de los primeros postulados del anarquismo.

LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES

Ignoramos la magnitud del período que diste desde aquellas primeras manifestaciones de civilización de que hemos hablado hasta las civilizaciones primeras de que tenemos alguna noticia, cuando las familias, los clanes y las tribus supieron unirse en pueblos cuyo destino englobaba ya, a centenares o millares de individuos. De todas maneras, sea cualquiera esa magnitud, lo que sí parece ser cierto es que ni en ideas ni en modos de vivir hubieron cambios fundamentales en todo el período ése, que pudo ser de muchos más siglos de los que habitualmente suponemos.

La historia propiamente dicha debe comenzar desde el momento en que hubo algunos hombres que dejaron monumentos escritos con fechas y nombres. Lo que conocemos de eso no es realmente mucho; empero, antes, en ese período nebuloso de la protohistoria hubo, a no dudar, civilizaciones que ya pueden considerarse como tales por englobar bajo unos moldes generales de hábitos y creencias a números ya considerables de individuos y disponer en beneficio de la comunidad de grados apreciables de ciencias y técnicas. Cuando las condiciones del medio geográfico lo permitieron, los grupos, las familias, los clanes, las tribus, al adquirir conocimiento de la existencia de otros grupos, debieron sentir la necesidad del contacto, unas veces amistoso, otras pendenciero, y debieron establecer puntos de reunión a determinadas fechas, donde los grupos vecinos venían a celebrar intercambios, fiestas, concursos, cuyas reminiscencias perduran aún representadas por nuestros mercados y ferias. Esos puntos de reunión, casi siempre escogidos en los lugares más apropiados, debieron dar lugar al nacimiento de las primeras ciudades a quienes, después, debieron sentirse ligadas las mismas agrupaciones próximas que las hicieron nacer. Estas primeras ciudades pueden considerarse como la primera piedra de todo el edificio de la civilización actual.

El nacimiento de la ciudad debió llevar implícito el establecimiento de normas de conducta ya mucho más complejas que las que rigieron las primeras familias, clanes y tribus. La vida del individuo en el seno de la colectividad toda debía responder a las necesidades y las exigencias de todos los grupos y las individualidades que le dieron vida.

El primer contacto realmente histórico que la época actual ha tenido con aquellos pueblos lo han establecido los sabios investigadores al descubrir tabletas de tierra cruda cubiertas de signos que no han sido completamente descifrados aún y que datan de unos 7.500 años. Según

se deduce de esos descubrimientos arqueológicos y algunos otros que sería prolijo enumerar en la rapidez de este estudio, en aquellas épocas el hombre aprendió a servirse de la fuerza del viento y de algunos animales con quienes había logrado relaciones amistosas. Inventó el carro de ruedas para transportar el producto de su trabajo; el arado, con el que movía la tierra con menos cansancio y más profundamente que con la azada; el bote de vela, con el que podía remontar los ríos con más facilidad y adentrarse de manera considerable en el mar *sin fin*; descubrió las leyes de la física imprescindibles para beneficiar algunos metales y empezó a medir el tiempo por períodos ya considerables, elaborando un calendario solar más o menos perfecto.

En aquellas épocas —para tomar un ejemplo—, la porción inferior de la Mesopotamia, aquella región que en la aurora de la historia se llamó Sumer, como debió ocurrir en muchas otras regiones, requirió el esfuerzo de un gran número de trabajadores para convertirse en lugar cuna de una civilización a la que estaban ligados millares de individuos. Entre los cauces de los ríos Tigris y Eufrates se extendía una vasta comarca pantanosa. Los pantanos estaban cubiertos por una maraña de cañaverales gigantescos mezclados con palmeras datileras. «Esta maraña —dice Gordon Childe— se veía únicamente interrumpida por colinas bajas con afloraciones rocosas o por bancos de arena sedimentada. Pero la vida animal pululaba permanentemente, en tanto que a ambos lados, las llanuras, cuya altitud era superior al nivel de las crecidas, permanecían agostadas y estériles durante el prolongado y ardiente verano y el cruel invierno». Y este caos primitivo fué convertido en terreno propicio al florecimiento de las grandes ciudades de Babilonia gracias al trabajo de los protosumerios, quienes drenaron los pantanos, excavaron canales para regar los campos secos, construyeron diques y erigieron colinas y plataformas sobre las que los ganados y los hombres podían resguardarse de las crecidas periódicas y fertilizantes. El interés surgido por estos trabajos y los beneficios que ellos aportaban hubieron de originar el clima favorable al ensanchamiento de la comunidad y hubieron de surgir normas para una cooperación social organizada en una escala cada vez más creciente. Y estas tareas, que siempre implicaban empresas colectivas que beneficiaban al conjunto de la comunidad, únicamente podían realizarse y sobrevivir estando regidas por una ética y un sentido apropiado de la justicia. No se tienen documentos que atestigüen de manera cierta las normas que orientaban la vida social de aquellos albores de la civilización. A este respecto, Gordon Childe dice: «Incidentalmente, las condiciones de vida en el valle de un río o en otra clase de oasis ponen en manos de la sociedad un poder coercitivo excepcional respecto de los miembros: la comunidad les puede negar el anhelado acceso al agua y les puede cerrar los canales que riegan sus campos. La lluvia cae por igual sobre justos e injustos, pero en cambio, llega a los campos por los canales construidos por la comunidad. Y aquello que la sociedad ha suministrado, la propia sociedad lo puede también retirar al injusto y destinarlo sólo al justo. La solidaridad social que es necesaria entre los usuarios del riego puede ser impuesta si, debido a las mismas condiciones que requiere». De esta opinión de Gordon Childe se deduce que el miembro de la comunidad se sentía ligado a la misma por los intereses de su propio trabajo y por el temor a perder

las ventajas que la vida colectiva le proporcionaba al disfrutar de la parte alicuota que le pertenecía en el trabajo comunal. La especialización que forzosamente hubo de surgir en la labor de las grandes obras permitió al miembro de la comunidad el disfrutar de mayores riquezas que en la época en que la vida del pequeño grupo obligaba a la autosuficiencia. El individuo que se especializaba en la construcción de aquellas casas semejantes a túneles, hechas de esteras apoyadas con manojos de carrizos, no podía dedicar su tiempo a la agricultura o al pastoreo de los rebaños comunales, igual que el constructor de canales no tenía lugar para construir viviendas; sin embargo, el constructor de viviendas se beneficiaba de la leche y la carne de los rebaños y de los productos de la agricultura asegurada, a su vez, por la construcción de canales y viviendas. Este mayor beneficio debido a la labor en común con un esfuerzo tal vez inferior al anterior, hubo de llevar al pensamiento de aquellos primeros *civilizados* ideas muy sólidas ya sobre las ventajas de la ayuda mutua y sobre la igualdad como raíz primera de la justicia.

En contrapartida, según las mayores autoridades en prehistoria, con estos conocimientos y estas organizaciones comunales ya bastante complicadas surgieron las primeras manifestaciones de la religión y los gérmenes del sacerdocio y el Estado. El hombre, aun siendo ya poseedor de un grado respetable de conocimientos, continuaba dependiendo —como depende aun hoy— en un grado también respetable de los elementos naturales: seguía expuesto a los desastres causados por las sequías, los terremotos, las granizadas y otras catástrofes imprevisibles. En estas condiciones, sin ningún otro conocimiento de estas fuerzas benéficas o desastrosas, según su oportunidad o su magnitud, que el de sus propios resultados, era natural que se tratara de buscar su origen en alguna o algunas voluntades benígnas o malignas, según el resultado del acontecimiento. De ahí que la llegada regular de la lluvia, que hace crecer el trigo o la cebada y la permanencia del sol vivificante, que madura las mieses, fuesen obra de algún ser bondadoso, pero igualmente oculto que el otro que originaba por su mala voluntad el desastre de una inundación o la desesperación de una sequía exterminadora. En circunstancias tales, cualquiera que pudiera proclamar con éxito el control de los elementos, debía adquirir un prestigio y respeto inmensos por considerarse en comunicación con aquellas fuerzas fabulosas que controlaban los buenos y los malos elementos de la naturaleza de quienes, en definitiva, se dependía en absoluto. El descubrimiento del calendario solar, que debieron guardarse para sí los descubridores, permitió a algunos personajes de la época predecir con exactitud casi matemática la llegada del río, que es el inicio de todo el ciclo de las operaciones agrícolas. Este simple hecho debe haber parecido mágico y sobrenatural a aquellos ciudadanos primitivos, quienes, a cambio de aquellas predicciones que les garantizaban cosechas más o menos seguras, ofrecieron prebendas y distinciones a los adivinadores, comenzando a torcerse así aquel principio de igualdad que el hombre descubrió en los primeros albores de su pensamiento. Según las más serias autoridades en esta materia, los poseedores de esos descubrimientos astronómicos, hacia unos mil años antes de nuestra era, hace unos 6.000 años, fungían como administradores de la riqueza comunal de aquellas primitivas ciudades de la Sumeria y, poco a poco, aquellos adminis-

tradores que estaban en íntimo contacto con las fuerzas ocultas de los dioses, a quienes podían influir para hacer que sus decisiones fuesen benéficas o malélicas, convirtieron a sus dioses en «una especie de banqueros que cobraban intereses —siempre demasiado altos— por los préstamos de buen tiempo o abundantes cosechas.» Esos intereses, que siempre fueron superiores a las necesidades ordinarias de los administradores primitivos o sacerdotes, representaron la primera acumulación de capital, unida al prestigio de su comunión mágica con las fuerzas incógnitas del bien y del mal, hubo de dar origen al poder político, encarnado en la persona del propio sacerdote-administrador. De ahí que, hasta llegar a los tiempos modernos en que el poder político se ejerce hasta en nombre de la libertad de todos —como sarcasmo indecente—, el poder político se ha considerado siempre como un designio del poder divino. Los faraones, considerados como los propios dioses hechos carne; Alejandro, que se creía —o se decía— hijo de dioses; los señores feudales que esclavizaban a sus siervos en nombre de dios; y mucho más reciente ¡claro!, quienes esto escribimos recordamos haber visto las monedas con que comprábamos nuestro chocolate con la inscripción de: «Alfonso XIII por la gracia de Dios», seis mil años después de que los habitantes de la cuenca del Tigris y el Eufrates crearan las primeras ciudades humanas.

Empero, a pesar del fuerte poder que siempre han tenido los privilegios mantenidos por los poderes políticos, religioso y económico, también siempre ha permanecido latente en la humanidad aquel principio de igualdad y ayuda mutua que prevaleció anteriormente. Y una prueba de que la idea de justicia no murió ni aún en los períodos de injusticia más negra, puede ofrecerla, entre otros ejemplos, la milenaria leyenda persa de su héroe Kaueh, citada por Reclus en «El Hombre y la Tierra» y que puede considerarse como el primer gran rebelde entrado en el campo de la historia y la revuelta provocada por él como la primera gran revolución que la historia puede registrar. Claro que la fantasía popular ha revestido la epopeya con todos los ropajes del mito y la fábula, pero la persistencia y la precisión con que la transmite la tradición persa no admite a dudas sobre la autenticidad del hecho, escueto, desprovisto de la fantasía del pueblo. Según esa leyenda, el monstruo rey Zoak, que llevaba sobre sus hombros enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos, ya había hecho trepanar diez y siete hijos del herrero Kaueh, a quien ya no quedaba más que uno, el más joven. Al ser designado éste, el único hijo que quedaba a Kaueh, para el próximo sacrificio, el herrero, con su mandil por estandarte, para significar que era un trabajador y así merecer la confianza de los demás tabajadores, se precipitó sobre Zoak seguido de una multitud de otros trabajadores que blandían sus respectivas herramientas también como estandartes, y Zoak, el monstruo, acobardado, huyó hacia la montaña, el histórico Demavend, donde el héroe Frelum lo clavó sobre un peñasco en el volcán.

Esta leyenda de la revuelta encabezada por Kaueh, que aún es símbolo de libertad y justicia en esos pueblos, como la figura de Prometeo en la mitología griega, y todas las figuras que en las religiones y leyendas simbolizan rebeldías en aquellos primeros tiempos de la civilización, tienen, en lo más profundo de su simbolismo, la expresión de un ideal de justicia, comprendida ésta como la máxima expresión de la igualdad y la ayuda mutua.

FIGURAS DEL ANARQISMO

FABIO LUZ

«Fabio es un hombre proteico, multiforme, contradictorio. Escritor de varias facetas: didacta, ensayista, crítico, novelista, cuentista y dramaturgo de la ciencia; médico, lo que no le impide ser literato de no pequeña labor. Ya viejo: sesenta y tres años, y, sin embargo, eternamente joven, eternamente rebelde. De ideas políticas avanzadísimas, lo que no es obstáculo para que escriba bellos y tiernos libros dedicados a la infancia, como «Leituras de Ilka e Alba» y «Memorias de Joaossinho», adoptadas oficialmente en las escuelas públicas brasileñas. ¡Fabio Luz! ¡Sombra y claridad! ¡Estruendo y armonía! ¡Oscuridad y albor! Una vida toda contraste, toda rebeldía, toda lucha, toda paradoja. Rebeldía innata, irreflexiva, por necesidad de temperamento. Luchador aún cuando no tuviera con quién luchar. Este es Fabio Luz.»

JOSE MARIA DE ACOSTA. — «La Gaceta Literaria». — Madrid. — Marzo de 1928.

Al lado de las grandes figuras del anarquismo expresado y conducido durante su vida, ocupa un lugar prominente Fabio Luz. Con los hermanos Ricardo y Flores Magón, González Prada, Práxedes Guerrero, José Oiticica y tantos otros si no de igual nombradía, Fabio Luz destaca por la consecuencia, el espíritu combativo, su confianza en el porvenir de la humanidad, en la libertad del hombre. Médico, lo mismo que Marc Pierrot, su amigo por muchos años, que Pedro Vallina, el simpático andaluz que a sus años en México hace luz, ha escrito buen número de libros y folletos sobre la causa anárquica. Colaboró en numerosos diarios y revistas del Brasil y del extranjero, en los que ejerció siempre la crítica literaria y aventó asuntos de sociología, literarios y científicos con alta visión, gran erudición, criterio, elevación e imparcialidad crítica dice su hijo Fabio Luz Filho. Por eso justamente se ha conceptualizado en todos los medios intelectuales del Brasil y respetado por sus cualidades de polemista.

Cuéntanse entre las revistas y otras publicaciones donde aparecieron sus escritos siguientes: «Brasil Moderno», revista que hizo época. «Río Chico», «Revista de Revistas», «Brasiliana», «Brasileira», «Tico-Tico», «Ordem e Progresso», «O Malho», «O País», «Jornal do Comercio», «Aurora», «O Dia», «A Epoca», «Jornal do Brasil», «A Folha», «A Voz do Povo», «Cirreio da Tarde», «A manha», «Correio do Comercio», «Cirreio do Brasil», «Plebe», «O Amigo do Povo», «Gazeta de Noticias», «A Vanguardia», «A Internacional», «Plus Loin», «Le Temps Nouveaux», «Le Réveil Anarchiste», «Il Risveglio», «La Revista Blanca», «Tiempos Nuevos», «Nervio», «Suplemento de La Protesta».

Ello no obstante, y aparte de ejercer la medicina, fué profesor de Francés, Portugués, Historia,

Latín, Historia Natural e Higiene. Respecto de Fabio Luz como educador, el doctor Vicente Paragibe dijo en 1918 que «es de toda justicia poner en evidencia que raros hombres públicos dignificaron tan eficazmente sus lugares. Felizmente para él y para nuestra población escolar, ningún espíritu jamás se encontró más afortunadamente dotado por la naturaleza para la difícil y gloriosa misión de la enseñanza».

A instancias de amigos y compañeros brasileños, ocupó un día un sillón en la Academia Carioca de Letras, circunstancia que aprovechó para llevar a tan conservadora y apergaminada institución intelectual la palabra anárquica. Por primera vez en un recinto académico se escuchó, por boca de Fabio Luz, el pensamiento, nombres e ideas de los grandes teóricos como Malatesta, Juan Grave, Pedro Kropotkin y Miguel Bakunin.

Su bagaje literario está constituido por más de 20 volúmenes y asegura el prestigio y testimonio de un hombre cuya existencia ofrece a sus contemporáneos un padrón singular de nobleza intelectual. Su inteligencia viva, inquieta, argüía y descubría insistentemente, bajo múltiples aspectos, caminos luminosos en la ciencia, en la ficción, en el ensayo crítico, etc., sin olvidar los folletos de su primera faz de pasión doctrinaria que en él suscitaron profundamente los escritores rusos. En todos sus lances mentales, siempre hubo una fuerza interior que presidía las mejores determinaciones de su espíritu al servicio de una armoniosa sensibilidad de poeta, poeta que no hacía versos, pero que tenía un alma anacreóntica llena de lírico idealismo, dijo a su respecto Mario Linares en la Academia Carioca de Letras en ocasión de su fallecimiento.

Tan preclara figura anarquista había nacido el 31 de julio de 1864, en Valença-Bahía, y falleció

MICROCULTURA

1. — Enero, debe su nombre al «dios» Iano, del cual se derivó «januarius» (janvier en francés, janeiro en portugués, january en inglés, etc.), que debido a una serie de cambios se transformó en el «enero español».

2. — Febrero, proviene del latín «februus» (limpiar). En la época del año correspondiente a dicho mes era costumbre entre los romanos celebrar «ceremonias de purificación del pueblo».

3. — Marzo, recibió su nombre en honor a Marte, el «dios» de la guerra.

4. — Abril, fué llamado así del verbo latino «aperio» (abrir), ya que durante dicho mes renace en el hemisferio boreal la vegetación.

5. — Mayo, recibió su nombre de Maya, hija de Atlas y madre de Mercurio (mitología).

6. — La «diosa» Juno le legó su nombre al mes de junio.

7. — El mes de julio se llamó así en honor a Julio César. Al principio julio se llamaba «quintilis» (quinto), por ocupar el quinto lugar en el calendario, antes de su reforma juliana.

8. — Agosto, recibió su nombre del tirano César Octavio, cuyo reinado fué una de las épocas menos bélicas de la época romana.

9. — Septiembre o setiembre era originariamente el séptimo mes, derivándose su nombre del latín «septem» (siete).

10. — Octubre tomó su nombre del latín «octo» (ocho), de la época cuando aún era el octavo mes del año.

11. — Lo mismo puede decirse de noviembre y diciem-

bre, de «novem» (nueve) y «decem» (diez), ya que originalmente dichos meses ocuparon el noveno y el décimo lugar en el calendario romano.

12. — En la última y preciosa edición del «Nouveau Petit Larousse illustré» puede leerse lo siguiente: «Kropotkin (Pedro, príncipe), revolucionario ruso nacido en Moscú (1842-1921), teórico de la anarquía (Palabras de un rebelde, La Conquista del Pan). Se refugió en Francia y luego en Inglaterra».

13. — La palabra «Führer» con que designaban los alemanes hace unos años al tirano Hitler, significaba «caudillo» o «guía».

14. — Según la Biblia, Matusalén fué un patriarca judío, abuelo de Noé, «quien vivió 979 años». Aún hay fanáticos religiosos que creen esto.

15. — Daoiz y Velarde fueron dos luchadores españoles que se destacaron el 2 de mayo de 1808 contra las fuerzas ocupantes del tirano Napoleón.

16. — Al morir el caudillo Simón Bolívar (al que Salvador Madariaga le dedica una voluminosa biografía), dicen que pronunció la siguiente frase: «¡He arado en el mar!» Y no cabe la menor duda de que así lo hizo. Todos los proyectos políticos son labranzas marítimas.

17. — Los paralelos de latitud y los meridianos de longitud determinan la posición de los puntos en la superficie de la tierra.

18. — La capital de los Estados Unidos, Washington, no está en ningún Estado, sino en el distrito de Columbia.

19. — La República centroamericana que se hapreciado siempre de tener más maestros que soldados es Costa Rica.

20. — Un corvejón es un cuervo marino.

21. — Se da el nombre de «corimbo» en botánica, al grupo de flores que nacen en distintos puntos del tallo, pero que llegan a tener la misma altura.

22. — El popular juego de pelota vasco se llama en vascuense «jai-alai».

23. — Un piñón en mecánica, es una rueda pequeña que engrana con otra mayor.

24. — En un libro de Bécquer (Rimas y Leyendas), editado por su paisano Leoncio Laso de la Vega, se atribuye a Bécquer la poesía ¿Dónde está Dios?. Pero, como aclara el compañero Juan Ferrer, tal hermosa poesía no es del vate andaluz.

25. — El Museo de Historia Natural de la ciudad de Chicago ha tenido durante los últimos años, más de un millón de visitantes anuales.

26. — Cuanta más agua se utiliza en hervir las patatas peladas, mayor cantidad de valor alimenticio pierden éstas.

27. — Mirando hacia proa, el lado izquierdo de una embarcación se llama «babor», y el derecho «estribor».

28. — La vulcanización del caucho consiste en mezclarle azufre, para hacerlo insensible al calor y al frío.

29. — En 1840 se emitieron en Inglaterra por primera vez los sellos postales.

en Río de Janeiro el 9 de mayo de 1938. En oportunidad de su sepelio, el poeta Leoncio Correia, dijo sobre Fabio Luz: «A los 73 años estaba en plena juventud espiritual. Trabajaba como un joven. Y todo lo que salía de la pluma tenía el sello del talento, de la belleza, de la juventud. Caíste como el otro blande la espada, esa pluma honesta y limpia, que fué tu martirio y tu gloria».

Y su hijo Fabio Luz Filho, tan identificado con los principios sociales de su padre — de que ofrece testimonio una labor cooperativista sin igual en el Brasil y traducida a varias lenguas — agrega: «Incansable trabajador hasta meses antes de desaparecer, combativo, polemista, psicólogo agudo, siempre prestigio, como pocos, su cualidad de artista, de sociólogo y de educador. El espíritu de renunciamento y de sacrificio que siempre lo distinguió durante su vida llena de inquietudes, su admirable capacidad de estoicismo, sublimáronse en el largo periodo del sufrimiento de su enfermedad, que aceptó sin una protesta, en una resignación de justo. Murió pobre como siempre vivió, perfectamente lúcido, con la belleza ejemplar que describió en sus libros».

Reclusiano por temperamento su vida y obra es un vivo canto a la libertad de los hombres y de los pueblos. Tal era Fabio Luz.

CAMPIO CARPIO

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).—Le Gérant : E. Guillemau. Toulouse (Hte. Gne.)

Ayuntamiento de Madrid

PROSA DE AYER Y DE HOY

Sobre el marasmo actual de España

He aquí la palabra terrible: no hay juventud. Habrá jóvenes; pero juventud falta. Y es que la inquisición latente y el senil formalismo la tienen comprimida. En otros países europeos aparecen nuevas estrellas, errantes las más y que desaparecen tras momentánea fulguración: hay el gallito del día, el genio de la temporada; aquí ni esto: siempre los mismos perros con diferentes collares.

Se dice que hay gérmenes vivos y fecundos por ahí, medio ocultos, pero está el suelo tan apisonado y compacto, que los brotes tiernos de los granos profundos no logran abrir la capa superficial calicostrada, no consiguen romper el hielo. Un hombre que entre nosotros conserva en edad más que madura fe, vigor y entusiasmo juveniles, sostiene que aquí los jóvenes prometen algo hasta los treinta años, en que se hacen unos badulaques. No se hacen, los hacen; caen heridos de anemia ante el brutal y férreo cuadrículado de nuestro ordenancismo y nuestra estúpida gravedad: nadie les tiende a tiempo una mirada benévola y de inteligencia. Se les quiere de otro modo que como son; a nuestro raro espíritu de intolerancia no le entra el dejar que se desarrolle cada cual según su contenido y naturaleza.

Hace poco pedía un crítico un cuarto turno en el Español para los autores noveles y desconocidos: algo así como un teatro libre. Generosa ilusión. ¿Es que se sabe distinguir el brote nuevo? Nos falta lo que Carlyle llamaba el heroísmo de un pueblo, el saber adivinar a sus héroes. Fundan unos muchachos una revista, y en seguida veréis en sus planas los nombres de tanda y cartel. En la vida intelectual, lo mismo que en el toreo, apostado ambién de formalismo, hay que recibir la alternativa de manos de los viejos espadas; lo demás no se sale de novillero.

Junto a este desvío para con la juventud se halla un supersticioso servilismo a los ungidos. Se ha ejercido con implacable saña la tarea de achuchar y despachurrar a los retoños tiernos, sin discernir el tierno tallo de la broza en que crecía, y no se ha tocado al muérdago y a los tumores excrecencias de las viejas encinas ungidas e intangibles.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, febrero 1916.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni victimas ni verdugos»: Alber CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OTTICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
- «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 francos.
- «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Euzen RELGIS, 900 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
- «Limites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
- «La Conquista del Pan»: Pedro KROPOTKIN, 350 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 960 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. Jung, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARANON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior», Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: Havelock ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 francos.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de Chesterfield, 450 fr.
- «La alegría de vivir»: O. Swet MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
- «Tácito», por Gastón BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABBRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuart Mill», por H. TAINE, 600 fr.
- «Froebel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid